CUADERNOS historia 16

El reino de Granada

J. Bosch, J. M. Fórneas, D. Cabanelas y S. Gibert



4

125 ptas

CUADERNOS
historia 16

1: Los Fenicios • 2: La Guerra Civil española • 3: La Enciclopedia • 4: El reino nazarí de Granada • 5: Flandes contra Felipe II • 6: Micenas • 7: La Mesta • 8: La Desamortización • 9: La Reforma protestante • 10: España y la OTAN • 11: Los orígenes de Cataluña • 12: Roma contra Cartago • 13: La España de Alfonso X • 14: Esparta • 15: La Revolución rusa • 16: Los Mayas • 17: La peste negra • 18: El nacimiento del castellano • 19: Prusia y los orígenes de Alemania • 20: Los celtas en España • 21: El nacimiento del Islam • 22: La II República Española • 23: Los Sumerios • 24: Las Comunidades • 25: Los Omeyas • 26: Numancia contra Roma • 27: Los Aztecas • 28: Economía y sociedad en la España del siglo XVII • 29: Los Abbasíes • 30: El desastre del 98 • 31: Alejandro Magno • 32: La conquista de México • 33: El Islam, siglos XI-XIII • 34: El boom económico español • 35: La I Guerra Mundial (1) • 36: La I Guerra Mundial (2) • 37: El Mercado Común • 38: Los judíos en la España medieval • 39: El reparto de Africa • 40: Tartesos • 41: La disgregación del Islam • 42: Los Iberos • 43: El nacimiento de Italia • 44: Arte y cultura de la Ilustración española • 45: Los Asirios • 46: La Corona de Aragón en el Mediterráneo • 47: El nacimiento del Estado de Israel • 48: Las Germanías • 49: Los Incas • 50: La Guerra Fría • 51: Las Cortes Medievales • 52: La conquista del Perú • 53: Jaime I y su época • 54: Los Etruscos • 55: La Revolución Mexicana • 56: La cultura española del Siglo de Oro • 57: Hitler al poder • 58: Las guerras cántabras • 59: Los orígenes del monacato • 60: Antonio Pérez • 61: Los Hititas • 62: Don Juan Manuel y su época • 63: Simón Bolívar • 64: La regencia de María Cristina • 65: La Segunda Guerra Mundial (1) • 66: Las herejías medievales • 67: Economía y sociedad en la España del siglo XVIII • 68: El reinado de Alfonso XII • 69: La Segunda Guerra Mundial (2) • 70: El nacimiento de Andalucía • 71: Los Olmecas • 72: La caída del Imperio Romano • 73: La Segunda Guerra Mundial (y 3) • 74: Las Internacionales Obreras • 75: Esplendor del Imperio Antiguo de Egipto • 76: Los concilios medievales • 77: Arte y cultura de la Ilustración en España • 78: Apocalipsis nuclear • 79: La conquista de Canarias • 80: La religión romana • 81: El Estado español en el Siglo de Oro • 82: El «crack» del 29 • 83: La conquista de Toledo • 84: La sociedad colonial en América Latina • 85: El Camino de Santiago • 86: La Guerra de los Treinta Años • 87: El nacionalismo catalán • 88: Las conferencias de paz y la creación de la ONU • 89: El Trienio Liberal • 90: El despertar de Africa • 91: El nacionalismo vasco • 92: La España del Greco • 93: Los payeses de remensa • 94: La independencia del mundo árabe • 95: La España de Recaredo • 96: Colonialismo e imperialismo • 97: La España de Carlos V • 98: El Tercer Mundo y el problema del petróleo • 99: La España de Alfonso XIII • 100: Las crisis del año 68.

historia 16

INFORMACION Y REVISTAS, S. A.
PRESIDENTE: Juan Tomás de Salas.
VICEPRESIDENTE: César Pontvianne.
DIRECTOR GENERAL: Alfonso de Salas.
DIRECTOR DE PUBLICACIONES: Pedro J. Ramírez.
DIRECTOR: J. David Solar Cubillas.
REDACTOR JEFE: Javier Villalba.
REDACCION: Asunción Doménech y Manuel Longares.
SECRETARIA DE REDACCION: Marie Loup Sougez.
CONFECCION: Guillermo Llorente.
FOTOGRAFIA: Juan Manuel Salabert.
CARTOGRAFIA: Julio Gil Pecharromán.
Es una publicación del Grupo 16.
REDACCION Y ADMINISTRACION: Madrid. Hermanos García Noblejas, 41, 6.° 28037 Madrid. Teléfono 407 27 00.
Barcelona: Plaza Gala Placidia, 1 y 3, planta 12. 08006 Barcelona. Teléfs.: 218 50 16 y 218 50 66.

DIRECTOR GERENTE: José Luis Virumbrales Alonso.
SUSCRIPCIONES: Hermanos García Noblejas, 41. 28037 Madrid. Teléf. 407 27 00.
DIRECTOR DE PUBLICIDAD: Balbino Fraga.
PUBLICIDAD MADRID: María del Carmen Nieto. Hermanos García Noblejas, 41. 28037 Madrid. Teléfono 407 27 00.
Cataluña: Plaza Gala Placidia, 1 y 3, planta 12. 08006 Barcelona. Teléfs.: (93) 228 84 01, 228 47 03 ó 218 50 16.
Zona Norte: Alejandro Vicente. Avda. del Ejército, 11, departamento 54 B. 48014 Bilbao. Tel. (94) 435 77 86.
IMPRIME: Raycar, S. A. Matilde Hernández, 27. 28019 Madrid.
DISTRIBUYE: SGEL. Polígono Industrial. Avda. Valdelaparra, s/n. 28000 Alcobendas (Madrid).
ISBN 84-85229-76-2, obra completa.
ISBN 84-85229-77-0, cuadernos.
ISBN 84-85229-78-9, tomo I.
Depósito legal. M. 41.536. — 1985.



Representación de un monarca granadino de la dinastía nazarita.

Indice

Esplendor y decadencia

Por Jacinto Bosch
Historiador.
Catedrático de Historia del Islam de la Universidad de Granada

EL llamado *reino* nazarí de Granada, de hecho un emirato o más bien un sultanato desde el punto de vista institucional islámico, aparece como resultado de la descomposición del imperio almohade.

Producto final de un sentimiento de *andalusidad desarrollado desde hacía algunos siglos por el que se conocen y valoran la cultura y el ser andalusí frente a la berberidad,* es fruto, asimismo, de una reacción y de una ambición, de una pugna, de una rivalidad, de una lucha de intereses y de un ansia feroz de supervivencia en una tierra del solar de Al-Andalus, la única con mayores posibilidades de ser defendida por su especial topografía.

Será también el *reino* nazarí de Granada la última ocasión para mostrar una voluntad de conquista o —mejor— un espíritu de reconquista y de unificación territorial del solar hispano, un motivo para mantener en vasallaje, durante largo tiempo, a los musulmanes peninsulares. Es, en fin, un péndulo de tic-tac desacompasado que irá segando la vida de unas gentes y empujando a otras, con una civilización a cuestas, hacia tierras norteafricanas, donde, en cierta manera, aún pervive.

El *reino* islámico granadino —he escrito en otro lugar— surgió como brote inesperado en *tierra quemada,* como único refugio y baluarte, como permanente reserva de hombres, muchos de ellos desplazados, con alcazaba defensiva de los últimos testimonios del Islam andalusí. Puerto de embarque y recepción de productos, núcleo condensado de activas relaciones con otros pueblos mediterráneos, tierra de cautivos, de rescate y de renegados, fue también luminoso solar donde unos hombres habían de convivir entre el temor y la esperanza, la guerra y la paz, por espacio de dos siglos y medio.

Aparte las llamadas realidades de base del estado *nasrí:* agrarias, urbanas, institucionales y otras que, faltos de fuentes adecuadas para ser manejadas por el historiador —fuentes árabes, por supuesto— pueden ser investigadas ahora a través de documentos de archivos cristianos castellanos, unos, e italianos, otros, por las relaciones que tuvo Granada con la república de Génova, lo cierto es que existe otra realidad —la primera—, sin la cual ninguna otra existiría. Se trata de la génesis y alumbramiento, del desarrollo y muerte del mismo *reino* nazarí como realidad política generada en torno a una dinastía: la de los Banu-l-Ahmar, Banu Nasr o nazarí.

Tal realidad aparece y se desarrolla en un contexto determinado por dos fuerzas del exterior: Castilla, con su presión militar, conquistadas ya las tierras de la Andalucía islámica del Gran Valle; y Marruecos, personalizado por la dinastía de los Banu Marín o benimerín, surgida de la descomposición del imperio almohade.

En otro entorno aparecen la Corona de Aragón y, en la orilla opuesta, los *ziyyaníes* de Tremecén (Argelia) y los *hafsíes* de Túnez. Más lejos, y en relaciones esporádicas y poco efectivas por parte de Granada, los mamelucos de Egipto.

En el interior, la historia se desarrolla por un núcleo heterogéneo de población, de variados linajes y orígenes, refugiados muchos, procedentes de las tierras orientales y suroccidentales de la Península y por árabes y beréberes enraizados desde siglos en tierras granadinas. Es una historia compleja y, como todas las historias, hecha con esfuerzo, sudor, lágrimas y sangre.

La historia política del *reino* granadino puede dividirse en los siguientes períodos: *de formación y consolidación,* desde Muhámmad I (1237-1273) a Nasr (1309); *de crisis interna y dinástica,* desde Nasr (1309-1314) hasta Yúsuf I (1333); *de esplendor y apogeo,* desde Yúsuf I (1333-1354) hasta la muerte de Muhámmad V (1391); *declive,* desde Yúsuf II (1391) hasta Abu-l-Hasán Alí, *Muley Hacén* (1464); *de efímera prosperidad y tranquilidad* (1464-1478); *de caída y fin,* desde los últimos años de *Muley Hacén* (1478-1482) hasta la conquista de Granada por los Reyes Católicos (1492).

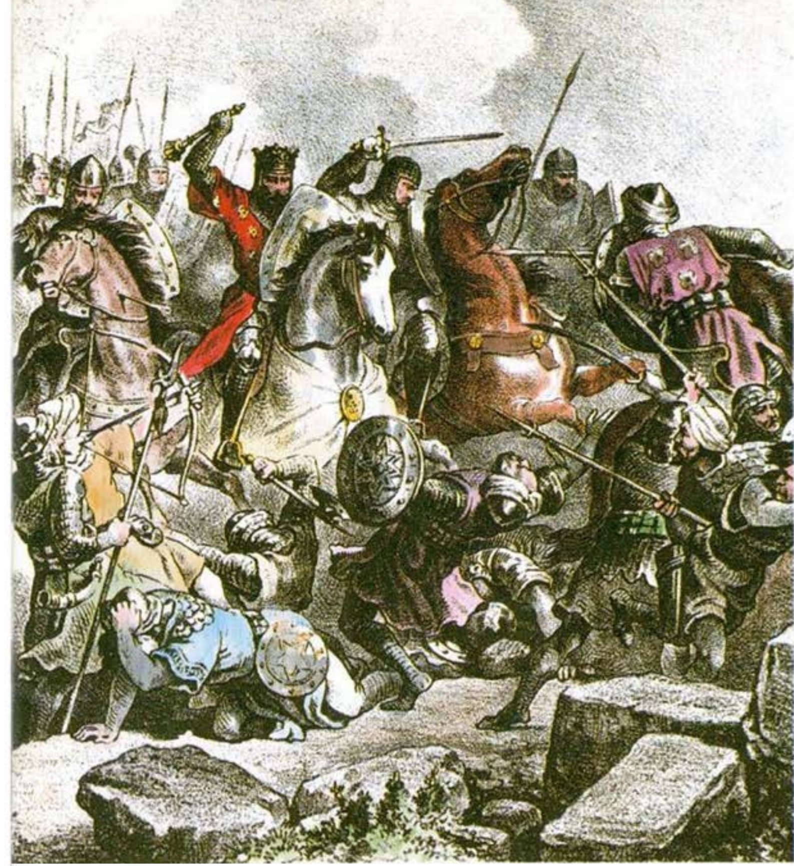
Formación y consolidación del «reino»

Los años de la gran avalancha militar cristiana castellano-leonesa, muy principalmente sobre las tierras del sur peninsular que habían de constituir Andalucía, entre 1232 y 1246, coinciden con los de la constitución del *reino* nazarí de Granada.

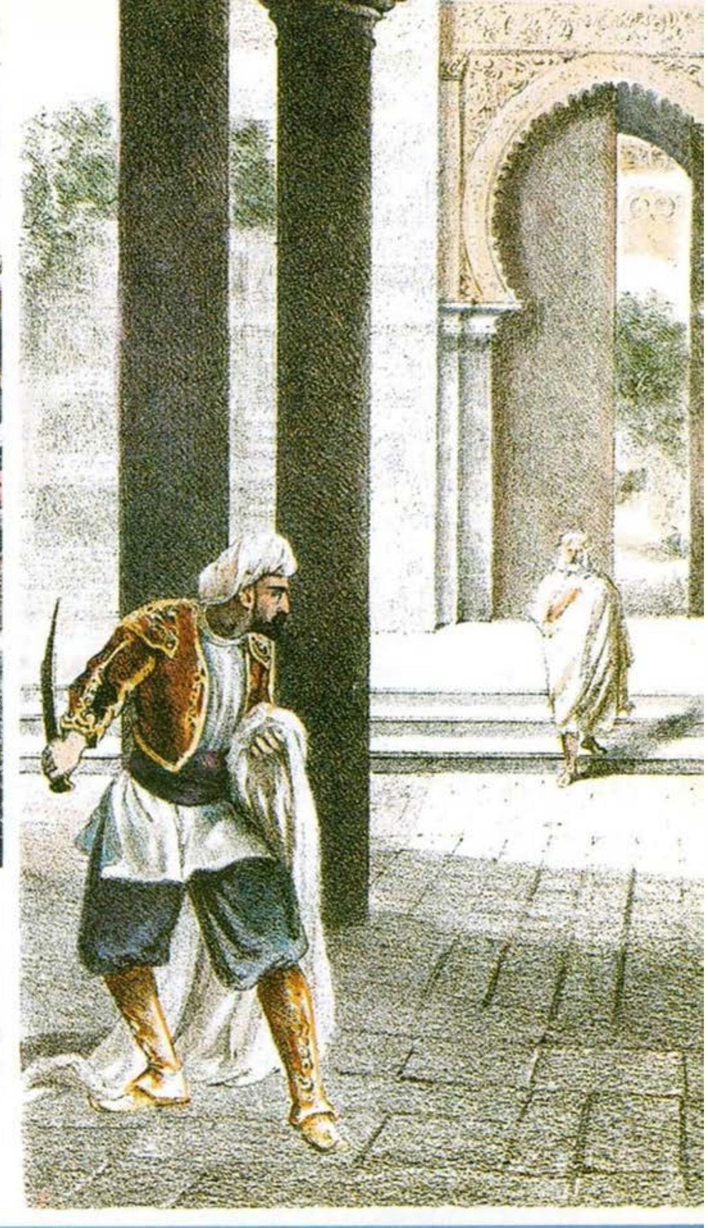
Caído prácticamente el poder almohade en Al-Andalus, jefes locales se enfrentan y pugnan por ejercer su dominio en las parcelas todavía bajo dominio islámico.

Figuras destacadas en esa pugna son, más que otros, Ibn Hud, *rey de Murcia,* que había de morir en 1238, y Muhámmad b. Yúsuf b. Nasr b. al-Ahmar, *señor* de Arjona, en tierras de Jaén.

Este último fue aclamado como sultán el 18 de abril de 1232 por los habitantes de aquella ciudad y con el apoyo de miembros de su familia, entre ellos los Banu Asqilula, *Escayulas* o *Escallola,* como últimamente pretende sean llamados la arabista M.ª Jesús Rubiera. En conse-



Batalla del Salado, 30 de octubre de 1340 (plumilla iluminada de la Historia de España, *de Castillo)*



Asesinato de Yúsuf I en 1354 (grabado iluminado de la Historia de España, *de Castillo)*

Fortaleza nazarí de Guadix, en manos de los Reyes Católicos desde 1489

cuencia, se creó, pocos años más tarde, el que había de conocerse, en la historia de los reinos peninsulares, como *reino nazarí de Granada*.

Tras haber colaborado de alguna manera —tal era la falta de un sentimiento de comunidad musulmana— con Fernando III en la conquista de Córdoba (1236) y haber extendido su autoridad por tierras de Jaén, pronto y en buena parte en poder de los castellanos, entró en Granada en 1237, abiertas sus puertas por la aristocracia local, y consiguió extender sus dominios por tierras de Málaga y Almería. Con ello dejó configurado durante varias décadas el mapa del territorio del *reino* de Granada, émulo islámico de la naciente Andalucía cristiana.

De cualquier forma, el sultanato —o emirato, como quieren algunos— de Granada, que reconoció teóricamente, al principio, la suprema jerarquía político-religiosa del califa de Bagdad, queda confirmado como unidad política peninsular en marzo de 1246, año de la conquista castellana de Jaén, al firmarse un tratado por el que el granadino se reconoce vasallo de Castilla, asegurando, así, la consolidación y supervivencia, por unos siglos, de aquel *reino*, el último *reino* islámico de la Península.

Entregada Jaén y protegidas las tierras granadinas contra cualquier ataque murciano o catalano-aragonés, Granada, a cambio, participa con tropas en las campañas militares que culminan, entre 1248 y 1262, con las conquistas de Sevilla, Jerez, Arcos, Niebla y Cádiz.

Muhámmad I afirma su poder aprovechando también la sublevación de los mudéjares andaluces (1262-1264) y murcianos contra Castilla. Hace también frente a los sublevados miembros de su familia y de la aristocracia local que un día le apoyaron, Los Banu Asqilula de Guadix y Málaga y busca alianzas militares en la otra orilla del Estrecho.

La alianza con los benimerines se estrecha con Muhámmad II (1273-1302), que marca una nueva dirección al *reino* nazarí. En su tiempo comienzan a intervenir como fuerzas combatientes en los ejércitos granadinos contingentes de *voluntarios de la fe* con su propio jefe o *chayj al-guzát al-magáriba* (jefe de los combatientes voluntarios magrebíes).

Tal alianza trae en contrapartida la ocupación benimerín de las plazas de Ronda, Algeciras y Marbella. Ante las pretensiones norteafricanas, de nuevo busca un acuerdo con el rey castellano y una alianza con el emir *ziyyaní* de Tremecén.

La posesión de Tarifa, Algeciras y Ceuta y, por tanto, el dominio del Estrecho era motivo para que se tejiera un entramado complejo de relaciones en el que se hallaban prendidos castellanos, granadinos y benimerines, sin ser ajena a ella, por razones comerciales, la Corona de Aragón. Tal situación de las fuerzas en juego en aquella zona daba pábulo para que se planteara, ya desde la última década del siglo XIII, lo que se ha convenido en llamar la gran *batalla del Estrecho*, que duraría varias décadas.

Crisis interna y dinástica

Luchas y treguas, cambios de alianzas para subsistir acababan fatalmente en el renovado vasallaje de Granada respecto de Castilla, un hecho irreversible y confirmado, una vez más, con Muhámmad III (1302-1309). Pese a todos los vaivenes y al malestar interior, que producen los Banu Asqilula o *Escallola* —una dinastía maldita *que no fue*— apoyados por Alfonso X, que fracasa en su intento de entrar en Granada (1265), Granada está fuertemente consolidada como unidad política y potencia militar; también como potencia artesana y comercial y como



Rendición de Sevilla a Fernando III (dibujo de la Historia de España, *de Castillo)*

conjunto social y económico de rasgos bien definidos, pero condenada, irremediablemente, a su extinción, ahogada en sí misma y *quemadas* sus tierras.

Muhámmad III, obligado a abdicar, cede el trono a Nasr, su hermano. Comienza, así, un período que había de marcar para siempre, con el signo de la conspiración y la conjura, atenuado con momentos de relativa tranquilidad interior y exterior, el resto de la historia granadina.

La conspiración contra el sultán era una lacra que llevaría la dinastía hasta el fin de sus días. Por esta lacra que envenenaba la sangre, la de la ambición desmedida, Ismaíl I (1314-1325), primo de Nasr, conquistó el poder.

Con ello empieza una lucha entre el sultán destronado, exiliado en Guadix, y el nuevo sultán y sus partidarios, que provoca la intervención castellana a favor de aquél, las incursiones del infante don Pedro contra castillos y aldeas próximas a Granada y, finalmente, el asesinato de Ismaíl.

Los años que van de 1325 a 1333, con Muhámmad IV, fueron años de traiciones y nuevas conjuras y de acentuadas presiones del exterior. Pese a todo, el ejército granadino tuvo fuerza bastante para conseguir éxitos esporádicos como la batalla de la Vega y la recuperación de Baza, Orce, Huéscar, Galera y Martos (1325).

Por contrapartida, los benimerines reafirmaban su poder en Algeciras, Ronda, y Marbella, llegando a tomar incluso Gibraltar (1333), en manos castellanas desde 1308. Son esos los años de mayor dominio benimerín en la Península.

Esplendor y apogeo

Granada alcanza en los dos últimos tercios del siglo XIV su momento de máximo esplendor cultural y político, pese a un período de tres años (1359 a 1362) en que se abre otra crisis dinástica. Las nuevas treguas y paces con Castilla son la nota dominante, en tanto sigue candente la cuestión por el dominio del Estrecho. Están implicados en ella, entonces, por interesadas alianzas, el rey de Portugal, Pedro IV de Aragón, la república de Génova y los *hafsíes* de Túnez.

El 30 de octubre de 1340, a las orillas del río Salado, tiene lugar una batalla —las fuentes musulmanas la llaman de Tarifa— que constituye un rotundo triunfo de los ejércitos cristianos, refrendado en marzo de 1344 con la toma de Algeciras, con la que, de hecho, se pone fin a la llamada *batalla del Estrecho*.

En estos años, Granada queda aislada y a la merced de la voluntad y de la fuerza de Castilla, entonces bajo el reinado de Alfonso XI. La conquista de Alcalá, llamada, después, *la Real*, a unos 55 kilómetros de Granada, hace que la población del *reino* se apriete en la Vega y en la capital, y también, aunque menos, en tierras malagueñas.

En la década de 1344 a 1354, año este último en que muere, apuñalado, Yúsuf I, se reorganiza la administración nazarí, controlada personalmente por el sultán granadino, y se aseguran las fronteras del reino con una red de atalayas y fortificaciones. En ese tiempo, Málaga y Almería adquieren fama por su actividad industrial y activo comercio, destacando en la industria sedera y textil y en la cerámica vidriada.

La etapa que se abre con Muhámmad V (1354-1359 y 1362-1391) coincide con la crisis interna que afectará largos años a la Corona de Castilla y no menos a la dinastía meriní o benimerín.

La crisis castellana —se ha escrito— permite la supervivencia de Granada... y recoger algunos laureles que de otro modo habrían resultado inalcanzables. Se estabiliza, así, la frontera granadina, prolongándose tal estado de cosas hasta bien entrado el siglo XV. Muhámmad V reconoce el vasallaje con la Castilla de Pedro I y paga el correspondiente tributo anual.

En aquellos años *nin los moros entraron a tierra de cristianos, nin ellos a tierra de moros para que se fiziese cosa que de contar sea*, dice la *Crónica del Rey Don Pedro*. No es extraño que de *paz insólita* haya sido tildado el período que cubre la segunda mitad del siglo XIV.

Destronado Muhámmad V, fue proclamado sultán el incapaz Ismaíl II (1359-1360), que, a su vez, se vio desplazado por su cuñado, el ambicioso Muhámmad VI (1360-1362), el rey Bermejo, poco dotado, también, y despreciado por la aristocracia granadina, muerto en los campos de Tablada de manos del rey castellano.

El haberse negado el sultán a pagar el tributo acordado a Castilla dio lugar a que Pedro I apoyara al sultán destronado, Muhámmad V, que el ejército castellano atacara tierras granadinas, que ése recuperara el trono y que, en correspondencia, el sultán repuesto enviara tropas al rey de Castilla para la lucha que tenía entablada con Pedro IV de Aragón.

Granada, así, tiene ocasión de recuperar Algeciras (1369), la plaza de Ronda e incluso de ocupar Gibraltar, último enclave benimerín en Al-Andalus. Más todavía: durante cuatro años (1382-1386) pudo retener Ceuta. Los últimos veinte años de Muhámmad V fueron de una paz absoluta y de fortalecimiento del *reino*.

Años de declive

La sucesión de Muhámmad V por su hijo Yúsuf II se inicia con malos augurios: conspiraciones para arrebatarle el poder por parte de visires, eliminación de miembros de su familia, ejecución de intrigantes y prematura muerte del sultán en 1392.

Con Muhámmad VII (1392-1408), se acentúa el proceso de desestabilización de la vida política, proceso que corre parejo a la agitación interna en Castilla, protagonizada por los nobles. Pa-

ces, treguas y violaciones por ambas partes siguen siendo la nota dominante en las fronteras.

Castilla, con Enrique III y Juan II, lleva casi siempre la iniciativa de la guerra. En tiempos de Yúsuf III (1408-1417), aumentan los preparativos castellanos para una guerra de mayores logros, cuyo primer resultado es la pérdida nazarí de la ciudad de Antequera, en 1410, de graves consecuencias para el reino granadino: deja patente la inconsistencia de su sistema defensivo y abre una brecha importante que apunta a la costa malagueña.

Los años de Muhámmad IX el Zurdo (1418-1452) ven acentuarse la disputa por el poder —lacra imborrable— entre los miembros de la familia nazarí, disputa que disgrega y siembra las semillas de una guerra civil, con intervalos cada vez más cortos de paz.

Dos familias —mejor, dos bandos— de linaje *noble*, los *Banu Sarrach* o Abencerrajes y los Zegríes, contribuyen a descomponer el ambiente político, de suyo ya bastante descompuesto, y a crear el clima favorable para la caída definitiva, tras unos pocos años de efímera prosperidad y tranquilidad relativa.

Sublevaciones en favor de uno u otro aspirante al poder, con el apoyo de uno u otro bando, cruentos e incruentos *golpes de Estado*, se suceden a lo largo del siglo XV.

La disputa sobre la legitimidad del menor de edad, Muhámmad VIII el Pequeño, primogénito de Yúsuf III, y de Muhámmad b. Nasr, nieto de Muhámmad V, así como otros incidentes, llevan a una inestabilidad tal que Muhammad IX el Zurdo, estará en el poder cuatro veces en distintas ocasiones.

Hay dos bandos: el legitimista, que apoya a Muhámmad VIII, su principal figura es Ridwan Bannigas (Venegas), y el partidario de *el Zurdo*. Muhámmad el Pequeño es ejecutado con su hermano por orden de *el Zurdo*, dejando abierto para siempre el camino a la legitimación de una línea dinástica colateral que conducirá, a la larga, a la última y más trágica guerra civil de la historia de Granada, alimentada, además, por Castilla.

El 1 de julio de 1431 tiene lugar la batalla de la Higueruela, en la vega de Granada, que termina con una gran victoria castellana de Juan II, que apoyaba al pretendiente Yúsuf b. al-Mawl, frente a los partidarios de Muhámmad IX el Zurdo. Siguen a la victoria algaradas y sublevaciones que obligan al sultán a huir hacia Almería, llevándose el tesoro real granadino.

Yúsuf IV sube al poder, donde sólo permanece un par de meses, vasallo del rey castellano y con numerosas cargas, cuyo peso mal soporta el pueblo. De nuevo *el Zurdo* en el poder en 1432, consigue concertar difícilmente treguas largas con Castilla en 1439, treguas que conllevan la entrega de 24.000 doblas anuales y la liberación de 550 cautivos cristianos.

Otro Muhámmad —es ya el décimo—, conocido por *el Cojo*, uno más entre los *sultanes minusválidos o lisiados*, como a veces les he llamado, con cristiana conmiseración, y que era el sobrino del sultán, aparece en la lid. Desterrado por éste en Almería, consigue con intrigas desplazar a su tío del poder.

Se proclama sultán en 1445, con el rechazo de los abencerrajes; éstos, con apoyo militar castellano, entronizan en la Alhambra, por pocos meses, a un Yúsuf V, sobrino colateral de *el Zurdo*, que en diciembre del mismo año tiene que buscar refugio en la Castilla de Juan II, asolada también por la guerra civil.

Muhámmad X, en el poder de nuevo, recupera las plazas perdidas de Huéscar, Vélez Rubio y Vélez Blanco y desaparece de la escena en 1448. Sostenido por el bando abencerraje, vuelve a Granada Muhámmad IX *el Zurdo*, el usurpador.

Este será *el canto del cisne* del sultán granadino. Los Muhámmad del siglo, motejados cada uno con nombres que bien parecen definir su actuación además de su defecto físico, movidos por unos y por otros, constituyen la mejor expresión del estado del *reino*, inmerso en el trauma febril de una pandémica, aunque a veces larvada, guerra civil.

Lo que yo he llamado *la sinuosa e inevitable recta final*, aunque parezca trazada desde lo absurdo, fue la consecuencia inevitable del desarrollo de una espiral, cuya última línea, ya débil, aparece desgarrada por vientos que soplaban en varias direcciones y por fuerzas centrípetas y centrífugas de muy diverso signo.

Son caminos tortuosos y oscuros los que sigue la historia granadina hasta los tiempos de Abu-l-Hasán Alí, el *Muley Hacén* de las crónicas castellanas, hijo de Saad. Desde 1453 a 1464, Muhámmad XI alterna en el poder con Saad, tutelado por los abencerrajes. Enrique IV de Castilla, aliado un tiempo con éste, practica la táctica de *tierra quemada* por tierras malagueñas, en tanto caen en poder de la nobleza andaluza Gibraltar y Archidona (1462). Así estarán las cosas hasta la entrada de Yúsuf V en Granada, aquel mismo año de 1462, donde sólo permanece un año.

Ya en el poder Abu-l-Hasan Alí (1464-1482), aupado por los abencerrajes, al querer desembarazarse de éstos se encuentra con que oponen a él otro candidato, su hermano menor, Muhámmad b. Saad, que había de ser conocido por *el Zagal*. De nuevo surgen revueltas, esta vez la de los Banu Sarrach o abencerrajes, reprimida con gran fuerza.

Abu-l-Hasán llegó, con todo, a ganarse el ánimo de sus súbditos con la promesa de mejorar las condiciones de la comunidad, defender la observancia de los preceptos religiosos, mirar por el bien de los musulmanes y exigir el cumplimiento de la Ley. De tal modo consolidó su autoridad y dio unos años de alivio a los granadinos.

Fue aquello un renacer momentáneo de la prosperidad, gracias, también, a las momentáneas buenas relaciones que se mantenían con Castilla, preludio fatal de la también fatal ruina y

Asedio de Málaga por las tropas castellanas, en 1487 (grabado iluminado de la Historia de España, *de Castillo)*

La rendición de Granada en versión de Rodrigo Alemán (sillería del coro de la catedral de Toledo)



Tropas castellanas en marcha hacia el campo de batalla de la Higueruela (plumilla sobre un fragmento de La batalla de la Higueruela, *de la Sala de Batallas de El Escorial)*

caída a que estaba condenado el *reino*.

En Castilla —eran los años de Enrique IV (muerto en 1474) y de Isabel y Fernando—, la guerra civil causaba estragos. En 1478, en que se firma una tregua por tres años con Castilla y se desborda el Darro, como si de un fatal vaticinio se tratara, se inicia una decadencia del poder del sultán en el trono, cambia su conducta, perdido en devaneos amorosos y presagiando tal vez el final. La elevación desmesurada de impuestos y la comisión de una serie de errores precipitarán el mal último de Granada.

La caída final (1482-1492)

Aislado el *reino* granadino, sin poder recabar recursos salvadores del exterior, debilitado por las luchas internas y por la guerra intermitente con Castilla, desmoralizadas sus gentes, decididos los castellanos a emprender la carrera final, sólo cabía a los granadinos resignarse a la voluntad de Alá y prepararse para resistir como hombres para no acabar llorando como niños.

En Marruecos habían caído los benimerines (1465) y una nueva dinastía, la *wattasí*, continuaba allí la historia, sin importarle gran cosa lo que ocurría en Granada.

La *guerra de Granada* que emprende Castilla va a tener un claro matiz religioso y en sus primeros años se reduce a meras incursiones de tanteo y a réplicas por ambos bandos, al viejo y tradicional estilo.

La toma de Alhama (1482); las sucesivas discordias internas en Granada, a las que no era ajeno el visir Ridwán Bannigas (Venegas), *que mandava a Granada e todo el reino mucho mejor que el rey;* la rebelión de Muhámmad el XII y el último de la serie, conocido más tarde por Boabdil, contra su padre, el sultán *Muley Hacén*, aprovechando que éste se hallaba en Málaga; la intervención en escena de Muhámmad d. Saad, ya nombrado, apodado *el Zagal*, o *el Valiente*, como alguien le ha llamado, con su tortuosa actuación, contribuyen a la aparición de llagas, que convertirán en ríos de sangre el *reino*.

Entre los años 1484 y 1487 se desmorona toda la región occidental del *reino* granadino, al ser tomada la plaza de Alora, que abría el camino de Málaga (1487). La guerra civil, entretanto, proclamado *el Zagal*, coincide con avances cristianos en la Vega para ocupar Illora, Moclín, Montefrío, Colomera y otras villas y fortalezas.

Entre 1488 y 1489 caen las plazas fronterizas orientales, Vera, Mojácar, Níjar, Vélez Blanco y Vélez Rubio, Tabernas, Purchena y, finalmente, Baza, Guadix y Almería (1489), que acelera la *agonía de Granada* (1490-1491), con la constante presencia castellana en la Vega y, en los últimos momentos, con el campamento real en Santa Fe.

La traición de *el Zagal*, tras las luchas con Boabdil, habían teñido de sangre las calles de Granada: el Albaicín y la alcazaba de la Alhambra eran blancos a los que apuntaban los dos adversarios sin sentir la llamada del fatal destino.

La Granada nazarí, tras un largo asedio, abatida por el frío y por la falta de víveres, capituló, al fin, ante los pendones de Castilla, un 2 de enero de 1492. Comenzaba la Granada mudéjar.

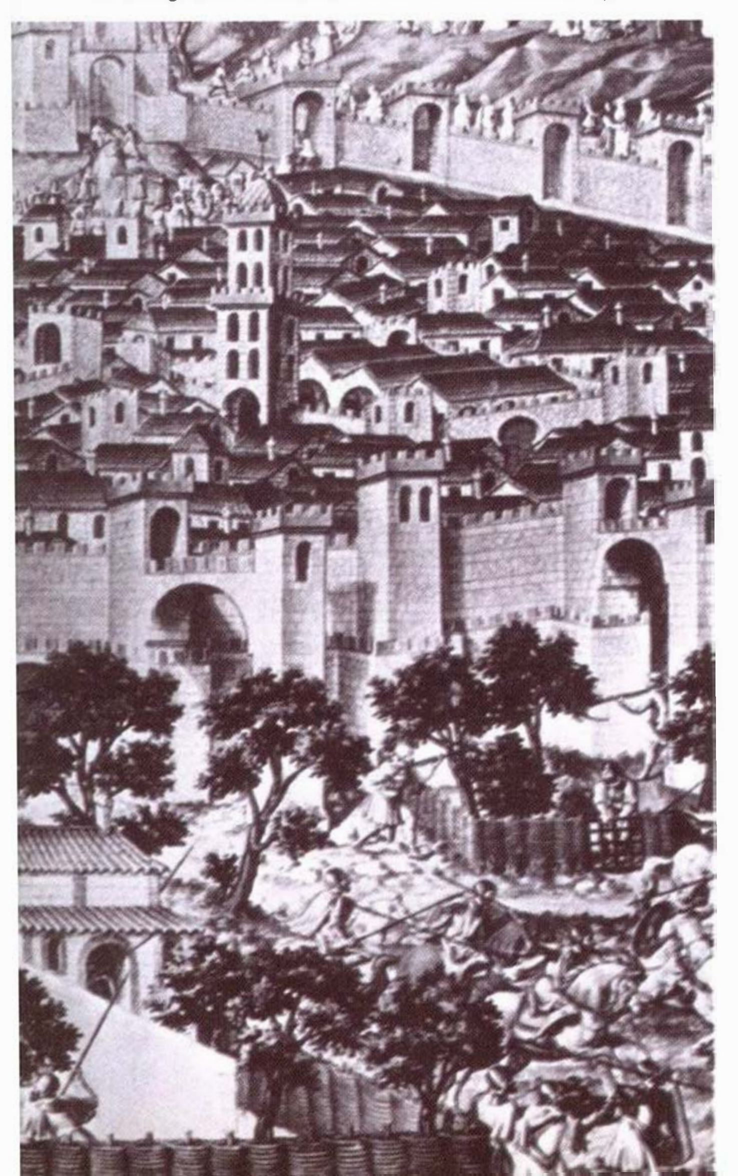
Sociedad e instituciones

Por J. M.ª Fórneas
Historiador,
Catedrático de Arabe de la Universidad de Granada

ES casi innecesario recordar que el estudio de las instituciones nazaríes —o de cualquier período histórico, por *redondo* que parezca— ha de tener una base objetiva y documental, valerse de monografías que agoten los datos sobre un aspecto concreto y prescindir de meros enfoques *literarios*, por muy arraigados que estén en la mentalidad colectiva.

En el caso que nos ocupa, es bien sabido que abundan más las fuentes sobre la historia exterior —si hay alguna historia que pueda llamarse así— que sobre la interior; que los lances de una guerra castellano-granadina, especialmente en su último período, aparecen plenos de rasgos caballerescos, recogidos y ampliados luego por el romancero fronterizo y desembocados tumultuosamente en el Romanticismo, que les dio especial resonancia.

Granada en el primer tercio del siglo XV (detalle de la Batalla de la Higueruela, *Sala de las Batallas de El Escorial)*



Pero *Los cuentos de la Alhambra* y el ver en ésta la acrópolis del Islam español han de ceder el paso, como muy bien dijo H. Terrasse, *a la perspectiva histórica exacta y a la verdad de la vida*.

Los avances en este sentido han sido muchos e importantes de un tiempo a esta parte: baste recordar, de una vez por todas, el denso y documentado libro de R. Arié *L'Espagne musulmane au temps des Nasrides*, ejemplar esfuerzo de aprovechamiento y ordenación orgánica de fuentes.

Otros investigadores, españoles y foráneos, abren nuevos surcos, ensanchan cauces de investigación y precisan datos.

Tesis doctorales sobre instituciones concretas; ediciones críticas de textos básicos, traducciones, análisis... en todo ello se labora seriamente en los departamentos —especialmente el de Historia del Islam de Granada, único en España con esta titulación—, y sus frutos seguros se irán viendo en un futuro que nos parece ya próximo y muy prometedor.

Las deducciones que vayan sedimentándose como natural resultado de esos estudios documentales y objetivos, fruto paciente de esfuerzos *menores*, precisarán, sin duda, ideas y enfoques, incluso los que, en el pasado, respondieron a una metodología seria y parecen aún, en cierta medida, válidos: El reino granadino visto como un reflejo, disminuido y tardío, del califato de Córdoba; su carácter de reino mudéjar ligado a Castilla por una dependencia económica permanente; su sueño de vivir —sobrevivir— con fundada mentalidad de asedio en un enclaustramiento xenófobo, de creciente rencor e intransigencia religiosos, lejos de la tolerancia califal y sí heredero de posturas almorávides y almohades (Terrasse)...

Es obvio, por otra parte, que las instituciones evolucionaron en los dos siglos y medio que duró el reino nazarí de Granada. No tan de prisa, claro es, como las actuales, pero lo suficiente como para que se vea cuánto han de matizarse síntesis forzosamente breves y sin pretensiones como la presente, visiones *sincrónicas* de algo esencialmente diacrónico.

Una historia auténtica de la España musulmana —y, dentro de ella, la del reino nazarí— es la refutación más palmaria de pseudoenfoques interesados, de anacrónicas *cruzadas* al revés promovidas no se sabe muy bien por quiénes, con oscuros apoyos y finanzas, con objetivos que pudieran parecer delirantes y para los cuales se utilizan, entre otros, sistemas que podríamos llamar de *reproducción acelerada*.

Sólo en este clima pueden comprenderse, por ejemplo, afirmaciones como la de que hay que

hablar(sic) en aljamiado o que Abd al-Rahmán I (I, sí, no III) se *sintió* andaluz *por los cuatro costados*.

García Gómez trató, con serenidad y agudeza, el tema en su conocido artículo de *ABC ¿Andaluces moros?*, del que sólo citaremos estos pasajes: *Ahora hay quienes añoran no estar bajo un Estado musulmán y quienes se han convertido o están medio convertidos al islamismo. Respeto tales ideas, aunque no las comparta. Ahora bien, una cosa son las ideas y otra la historia. Si alguien además sostiene tener sangre árabe, y no es por pura fanfarronería romántica, tiene que probarlo, y por dificilillo lo tengo.* Para concluir así:

Caso de pertenecer a esas familias conocidas que antes llamaban nobles, es posible que, al revolver viejos papeles, pergaminos o repartimientos, encuentre que no procede de la ilustre tribu de Tamin, sino que sus antepasados bajaron a la maravillosa Andalucía de Cintruénigo, de Mondoñedo, de las Encartaciones, de Almendralejo o de Frómista...

No valdría la pena aludir a todo esto si no proliferaran día tras día campañas absurdas, ni faltasen esporádicamente, por desgracia, reacciones exageradas. El estudio auténtico, venga de quien venga y sea cual sea su credo, disipa humos *históricos* y crea —él sí— la verdadera comprensión, la ejemplar convivencia.

Hay unanimidad en que es muy difícil precisar la cuantía de la población nazarí: aparte de su natural fluctuación en un territorio de fronteras siempre movibles y de los aflujos permanentes, las fuentes son pocas y los métodos de evaluación demográfica, de valor muy desigual.

Las cifras totales oscilan mucho: descartados, desde luego, los cinco millones legendarios de alguna fuente, se habla actualmente de unos 300.000 habitantes —lo que daría una media de 10 por km^2—, de medio millón e incluso de millón y medio. Granada habría tenido una población de 50.000 habitantes; Málaga, 20.000.

Innecesario es añadir que la distribución en todo el territorio fue sumamente desigual, como reflejo de unas diferencias geográficas muy acusadas: enclaves fronterizos, lugares de serranía, zonas costeras, hoyas, laderas... Especial importancia, desde todos los puntos de vista, tuvo y aún tiene la vega granadina, que los poetas cantaron en parangón con la Gúta de Damasco.

La falta de espacio nos impide entrar en la estructura familiar, la vivienda y la topografía urbana. Contentémonos con tres pinceladas: predominio de la familia unicelular sobre la patriarcal casa típica *árabe*, en general muy pequeña y, a veces, con algorfa o planta alta; ciudad —Granada— también típicamente islámica, de trazado sinuoso y serpenteante, calles cortas y núcleos mercantiles destacados (Zacatín, Alcaicería).

Por lo que atañe a la composición y procedencia de la población nazarí, y, especialmente, la de Granada capital, hay total acuerdo en que ésta, por su calidad de ciudad —refugio—, tanto de los que a ella huían como de quienes no querían irse de Al-Andalus, como alguien ha dicho gráficamente, albergaba una población sumamente proteica y variopinta. También hay unanimidad en afirmar que pueden distinguirse genéricamente los grupos siguientes:

Musulmanes: Su mayoría era indiscutible, con predominio interno de familias andalusíes (expresión en la que insiste acertadamente J. Bosch), esto es, de hispanos arabizados, pero con la presencia, asimismo, de beréberes, linajes árabes, *voluntarios de la fe* norteafricanos y emigrados de múltiple origen y terruño originario.

Cristianos: Hubiese o no mozárabes propiamente dichos en Granada (Terrasse lo negaba; Simonet, antes, lo afirmaba), sí hubo una población cristiana, quizá no tan reducida como a veces se dice. Además de los cautivos —de los que se ocuparon los alfaqueques o redentores—, cuya situación laboral era sumamente penosa, hubo cristianos renegados en la guardia de los sultanes, y pequeños comerciantes.

Judíos: Agrupados por lo general en juderías de cierta entidad —de las que se han ocupado a fondo los hebraístas—, y aun siendo tributarios y estando, probablemente, obligados a llevar distintivos, desempeñaron un no pequeño papel económico, artesano y cultural. Como casi siempre a lo largo de la historia de Al-Andalus, destacaron como médicos e intérpretes o trujamanes. No conocemos en el reino nazarí ningún *progrom* semejante al terrible desencadenado por el alfaquí Abu Isháq en tiempo de los ziríes, cuyo recuerdo perduraría.

¿Cómo era la vida cotidiana de esta abigarrada población? Con los datos actualmente existentes han podido trazarse vivos cuadros de la misma. Sometidas las clases humildes a un asfixiante sistema de impuestos que a todo se extendía, no se carecía, claro es, de festividades —algunas, como la de *al-Mawlid* o nacimiento del profeta, de origen relativamente reciente y de desarrollo típicamente occidental, con profusas huellas literarias—, ni tampoco de variados juegos: luchas de animales —especie de precorridas—, desafíos, justas, cañas... Ibn Zamrak nos describe muy gráficamente a uno o más funambulistas.

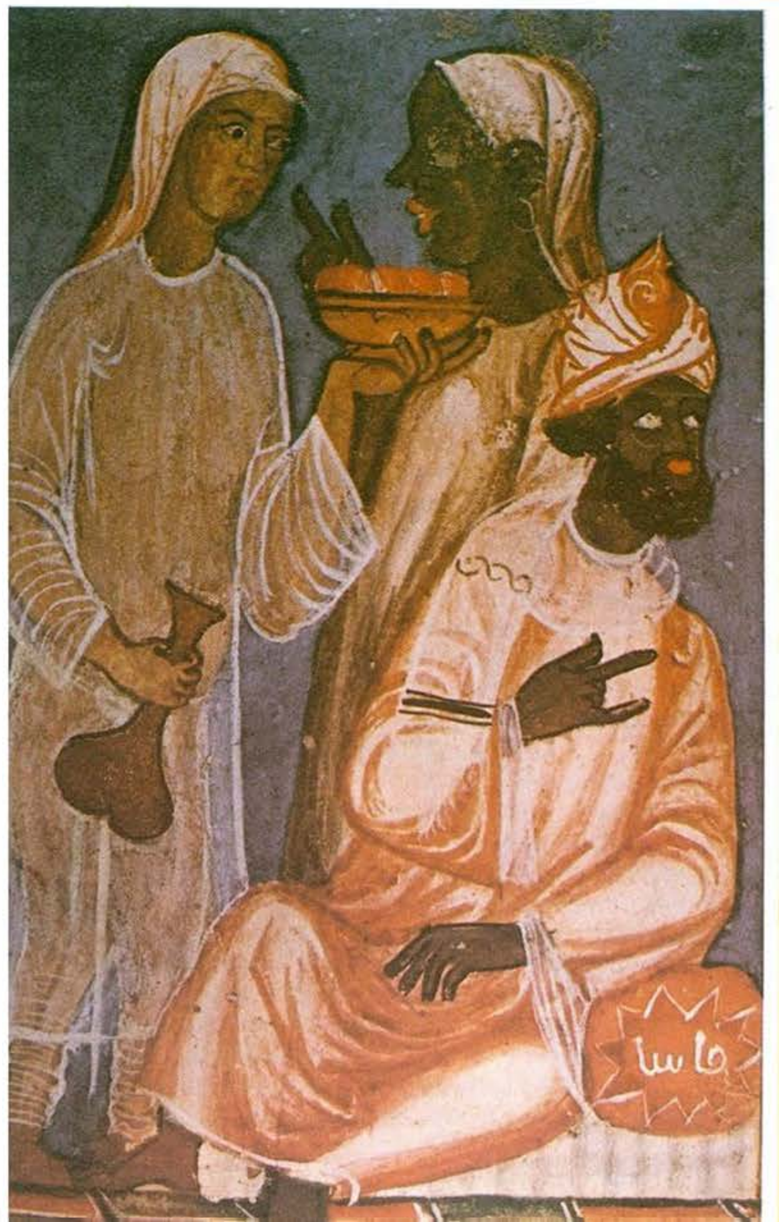
En muchas de estas diversiones y, desde luego, en las grandes partidas de caza, el pueblo de artesanos hubo de ser fundamentalmente espectador. No así, aunque en desigual medida —marcada por los recursos económicos y los principios morales de cada cual—, ocurriría respecto a las zambras, la música callejera, los juegos menos aristocráticos, los pasatiempos y la picaresca de siempre.

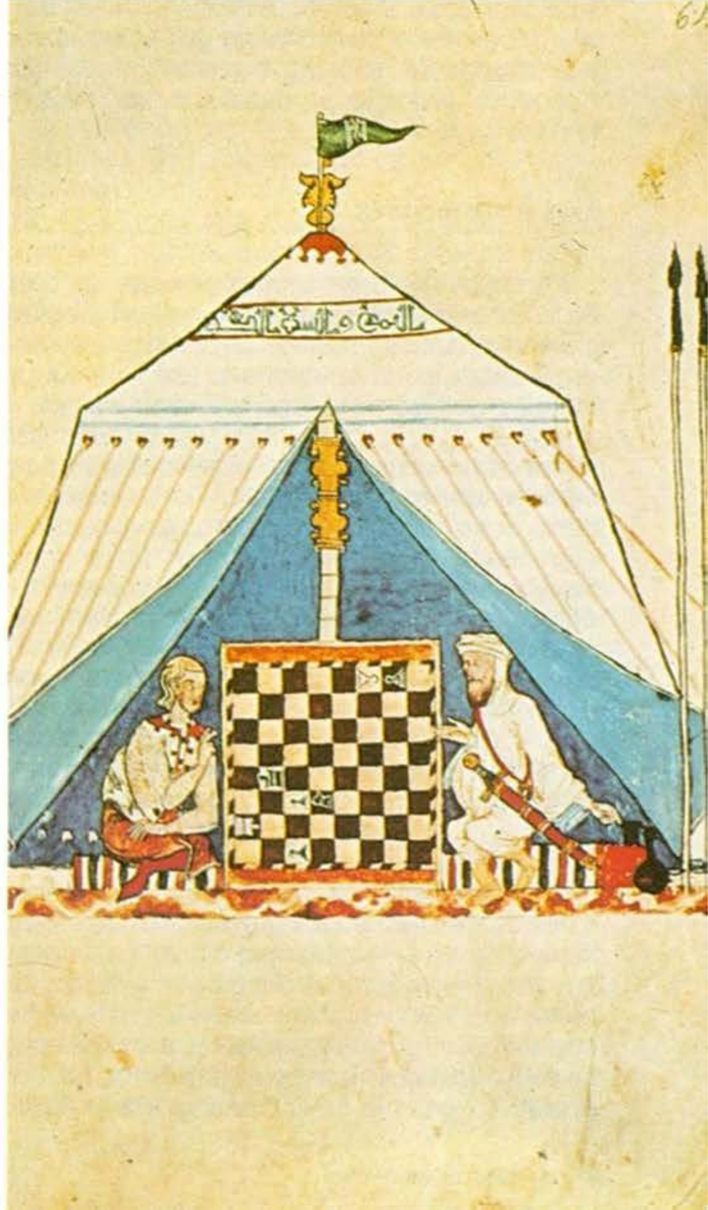
Sabemos que, pese a la escrutadora labor de los alfaquíes —y en el reino nazarí predominó totalmente el malikismo, es decir, el *madhab* o sistema religioso-jurídico más intransigente— y a la existencia de un movimiento místico muy notable, la moralidad no era alta, sino más bien

Caballería musulmana del siglo XIII (según miniatura de Las Cantigas*)*



Caballero musulmán, servido por sus criados (abajo, izquierda) *y caballeros cristiano y musulmán jugando al ajedrez, demostración clara de los amplios períodos de paz que se dieron entre Castilla y el reino nazarí* (abajo, derecha)





todo lo contrario: tabernas, vino, hachís, libertinaje...

Ha de insistirse, sin embargo, en el importante papel desempeñado por los morabitos y las cofradías místicas o sufíes. Con aspectos que nos recuerdan movimientos actuales en determinados países islámicos, enardecieron la fe y fueron, con frecuencia, *monjes*-soldados.

No ha de olvidarse que, en la Granada eternamente sitiada —destino trágico que ha tenido su paralelo dramático, con tristes consecuencias, en épocas recientes de la historia española—, mal convivían lo que bien pudiéramos llamar, con terminología de hoy, *halcones* y *palomas:* alfaquíes, *voluntarios de la fe,* puritanos; algunos soberanos, políticos, mercaderes y campesinos, respectivamente.

Especialmente inquieta era la existencia de los pobres campesinos cercanos a las fronteras con Castilla, víctimas de las constantes incursiones y de las alternativas bélicas de ambos bandos, cuando no, en las costas, de la piratería.

Falta espacio para ocuparnos aquí de otros aspectos muy concretos, actualmente objetivo de estudios especializados, en pleno auge: indumentaria, alimentación, salud pública, atuendo... Sin exageración puede afirmarse que las diversas fuentes literarias, precisadas y *objetivizadas* por documentos de archivo y por la arqueología y la iconografía, permiten trazar un cuadro nazarí que se asemeja al elaborado por Pérès en torno al siglo XI.

Las instituciones

El sultán: Ya desde las postrimerías de la época zirí, *sultán-jefe,* se utilizaba, con evidente evolución semántica, para los soberanos. Los reyes de Granada en la época nazarí se llamaron, por razones político-religiosas, *príncipe de los musulmanes* y, a la par, sultán (de ahí que, como se ha dicho certeramente, el reino nazarí pueda ser llamado, en este contexto institucional, *sultanato).* Fuera del reino, las designaciones usuales eran las de *señor de la Alhambra* (Egipto mameluco) y *rey moro de Granada (Paseábase el rey moro...),* según las crónicas y romances.

Rodeado casi siempre de intrigas y, con frecuencia, víctima de ellas, el soberano gozaba del poder religioso y político propio de la tradición efectiva islámica. La monarquía, como tal, nunca fue puesta en duda en el reino nazarí. Hay indicios fidelignos para creer con fundamento que se usaron, al menos en algunos períodos, ostentosos signos externos de realeza (trono y parasol).

Frente al blanco omeya, el rojo fue el color imperante en la simbología nasrí. La divisa *no hay más vencedor que Dios,* de origen muy concreto, aparece profusamente en los monumentos e inscripciones, y su huella dura hasta hoy en hoteles turísticos, así como *al-ahmar (el Rojo),* apelativo gentilicio de la dinastía al lado de Nasr (del que derivan *nasrí* y *nazarí),* perdura hasta nuestros días en el callejero de Granada, aunque con metátesis deformante: *Alhamar.*

La intervención personal del soberano se extendía a todo: política, finanzas, justicia, derecho hereditario... Ibn al-Jatib nos ha dejado vivas semblanzas personales de los sultanes granadinos, a algunos de los cuales sirvió, con fortuna varia, hasta su trágico fin. Sus datos —en esa prosa característica que tantos quebraderos de cabeza causa a los traductores— y los de otras fuentes se complementan plásticamente con los de la iconografía.

En la mente de todo aficionado a la historia surge con vigor su estampa en las luchas agónicas de los últimos tiempos, cuando al agobio cristiano creciente *(yo arrancaré uno a uno los granos de esta granada* es *apócrifa* frase atribuida al rey católico, pero no carece de fuerza significativa y hasta preludia o refleja planes de militar campaña) se suman males internos: rivalidades familiares, lucha de clanes y hasta celos de mujeres, que, en certera expresión de A. Ballesteros, *infernaron el harén* y coadyuvaron a la caída final.

Si Boabdil, según la *leyenda,* hubo de oír de su madre el ácido reproche (*llora como mujer lo que no has sabido defender como hombre),* derecho tenía a haber formulado, a su vez, fundados cargos en la tragedia.

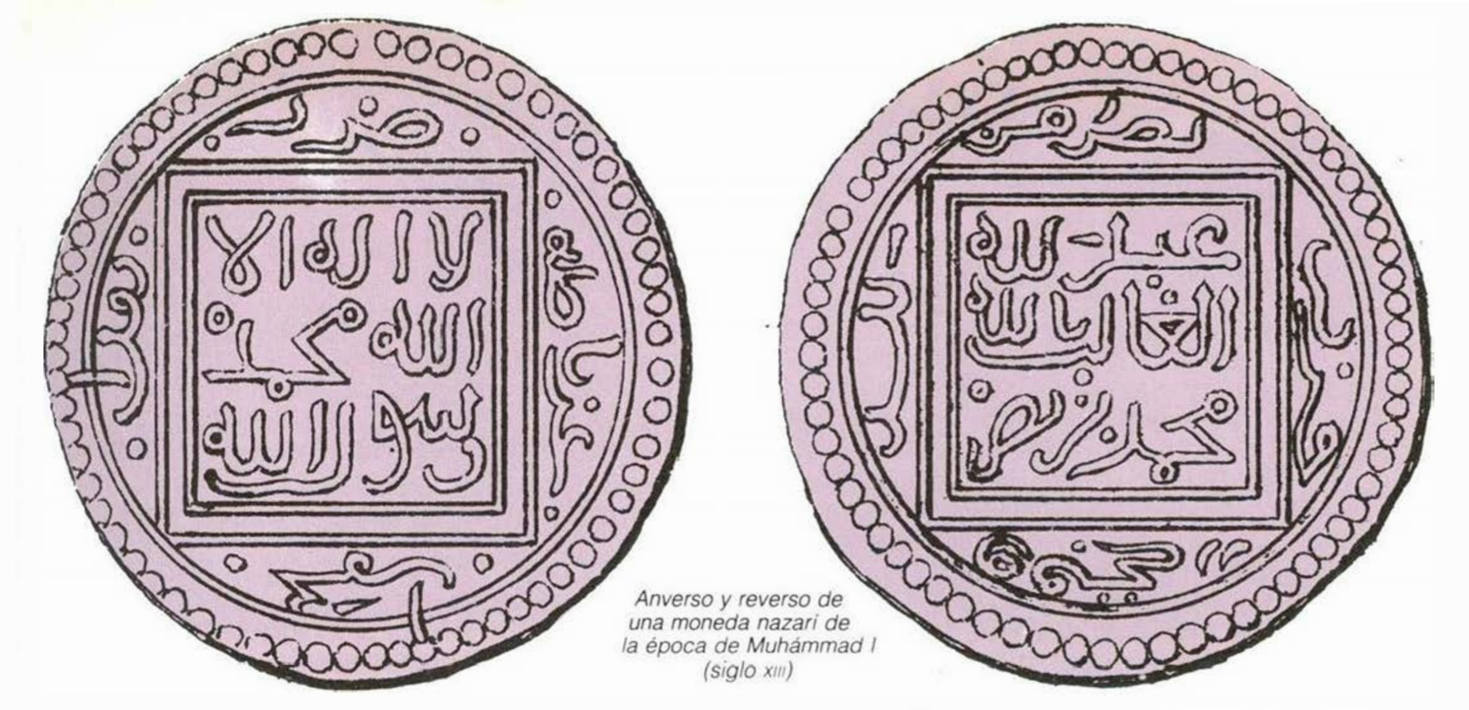
El háchib y el visir: El primero, con claros precedentes en la España musulmana y que, de Granada, parece haber pasado, con matizaciones, a todo el norte de Africa, no fue un cargo de función permanente, pero sí de elevado rango: gozne entre el sultán y los visires, y superior a éstos.

En cuanto al visir, que en los últimos tiempos del califato omeya de Al-Andalus era título en franca degradación (lo ostentó incluso, sin utilidad alguna, Ibn Quzmán), fue, asimismo, un cargo de primordial importancia en la Granada nazarí: con triple función, militar, política y administrativa, redactor de los diplomas reales, era un ministro de Estado elegido por el sultán.

Figuras preeminentes de las letras ocuparon ese cargo y algunos fueron a la vez de doble visirazgo: el de la pluma y el de la espada. Como nombres propios significativos, bastará aquí con citar entre los *háchibes* a Ridwán, en tiempos de Muhámmad IV; y al celebérrimo Ibn al-Jatib y a su ingrato discípulo Ibn Zamrak, entre los visires.

Parece que, con el tiempo, en la designación de éstos hubo relativa tolerancia en cuanto a su origen étnico, aunque no en cuanto al religioso: fueron visires cristianos renegados, pero no mozárabes ni judíos.

El cadiazgo y la Justicia: El cargo de cadí *(al-qadí,* en esp. *alcalde),* de antiguo abolengo en el Islam, y cuyas funciones y cualidades específicas se han querido remontar, nada menos, a una célebre carta del califa Umar, de dudosa autenticidad, siguió gozando de respeto y pres-



Anverso y reverso de una moneda nazarí de la época de Muhámmad I (siglo XIII)

tigio en el reino nazarí. Por otra parte, la conservación de obras teóricas sobre el cadiazgo, seguidas de biografías de cadíes, han permitido delinear de una manera bastante precisa sus rasgos y hasta la evolución del cargo.

El arabista Julián Ribera —genial en muchos campos— antepuso a su jugosa traducción de los *Jueces de Córdoba,* de al-Jusaní, un incisivo prólogo en el que, entre otras cosas, destacaba las relevantes cualidades de los cadíes. Al malagueño al-Nubahí, nacido en el año 1313 y que llegó a ser cadí mayor de Granada y encarnizado adversario de Ibn al-Jatib, se debe otra obra esencial sobre el cadiazgo y los cadíes: *al-Marqaba,* deficientemente editada por E. Lévi-Provençal (a quien, por otra parte, tanto debe el arabismo español) en 1947.

Una edición crítica y traducción que actualmente se prepara en la Universidad de Granada, así como trabajos todavía inéditos y en parte basados en esta obra, ya elaborados en el Departamento de Historia del Islam de la misma Universidad, han permitido ir precisando sus límites y su valor para la historia de la institución y quienes la ejercieron.

Además de la debida fijación del texto árabe y de sus orígenes concretos en cada caso, se impone la precaución, en este y otros campos análogos, de deslindar la teoría de la práctica, el arquetipo de cadí y la realidad cotidiana de cómo actuaba.

De todos modos, y hechas estas salvedades, parece cierto que los cadíes fueron, en general, íntegros, independientes, intrépidos e incluso sencillos, aunque alguno de ellos sostuvo que un cierto bienestar material era condición básica para las anteriores cualidades.

No podemos entrar aquí, ni siquiera someramente, en las circunstancias que rodearon los nombramientos de los cadíes, las condiciones exigidas, quiénes le auxiliaban y cómo y dónde actuaba. Sólo cabe aludir, de pasada, a otros cargos: los adules o testigos, los *muftíes* o consultores jurídicos —cuyas respuestas o *fatwas,* de las que se conservan valiosas colecciones, entre las que destaca la del norteafricano al-Wansarisí (ediciones litografiada y actual, a punto de concluir, y que abarcará 13 volúmenes), son fuente inagotable de estudio, y no sólo de derecho—, los diversos magistrados encargados de herencias, policía, etcétera, y los almotacenes o *almostaçaf,* encargados de la *hisba (gobierno del zoco).* Tampoco podemos hablar aquí de la represión de los delitos, que disponían incluso de lugares especiales de presidio, como Salobreña.

No queremos terminar este breve panorama sin señalar que las instituciones del reino nazarí —las aquí apuntadas y otros muchos aspectos: socioeconómicos, militares, administrativos, gremiales y organizativos— pusieron en circulación o arraigaron una abundante terminología, general o específica, parte de la cual vive aún en nuestros arabismos.

Los estudios lingüísticos permiten ir fijando la fecha concreta en que cada término aparece por vez primera en el español o en los diversos idiomas y hablas peninsulares. Es indudable que el reino de Granada contribuyó, a través de sus especiales fronteras, flexibles líneas de fricciones e influencias, al trasvase idiomático recíproco.

Se ha afirmado que en el reino nazarí no hubo bilingüismo, como parece deducirse por la existencia de intérpretes y la creciente hostilidad y xenofobia. Creemos que la afirmación es arriesgada y su fundamento insuficiente. Lo que ya constituye un hecho es que en Granada se elaboraron, con fines misionales, obras lingüísticas posteriores a la conquista, de fructífera e indispensable consulta en múltiples sentidos. En ellas, especialmente en la del Padre Alcalá —el famoso *Vocabulista*—, ¡cuántos vocablos institucionales yacen, desgajados de sus organismos, pero testigos fidedignos de una época y de una agitada existencia!

Filosofía y arte

Por Darío Cabanelas
Historiador.
Catedrático de Arabe de la Universidad de Granada

SE han unido filosofía y arte nazaríes, porque la dinámica interna del arte en el Islam se halla informada por el postulado metafísico-religioso de la irrealidad de las formas, plasmado en una especie de atomismo espacial y temporal que origina los siguientes efectos: en arquitectura se eligen materiales frágiles y maleables y se tiende a un sutil compartimiento de los espacios; la decoración rehúye las formas geométricas cerradas y encuentran en el arabesco su más significativa expresión, mientras las artes plásticas evitan cualquier posible ilusión sobre la realidad objetiva de las formas representadas.

Estrictamente referida la filosofía a la labor de creación o, al menos, de sistematización, podemos afirmar que no es de aplicación al período nazarí (1232-1492); sin embargo, y como es lógico tratándose de un fenómeno esencialmente cultural, subsiste latente, y aun a veces aflora, el influjo de las tendencias filosóficas cultivadas en épocas anteriores del Islam andalusí, si bien con derivaciones hacia determinadas concepciones sufíes.

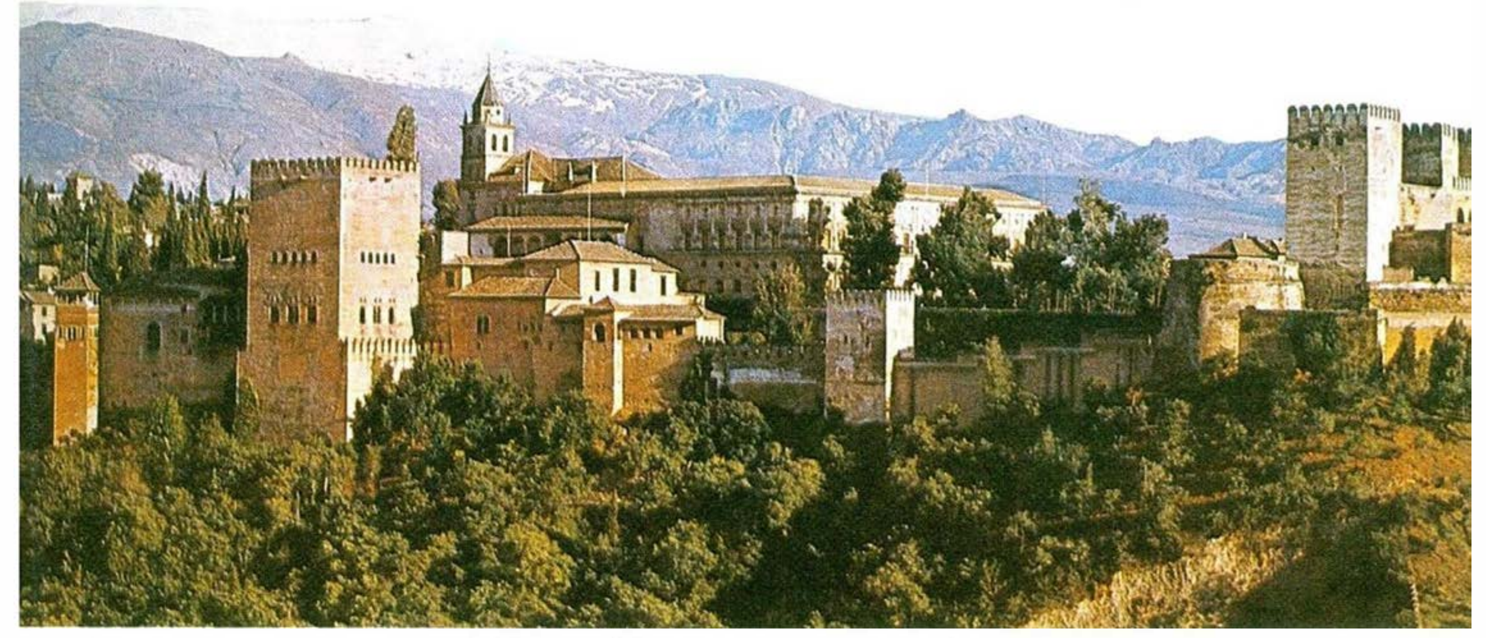
Pero el fenómeno tiene explicación: si en el oriente islámico el carácter rigurosamente científico del quehacer filosófico se clausura ya en 1111, a partir de la muerte del famoso Algazel, lo mismo ocurre en Al-Andalus, aunque con cierto lógico retraso, tras la desaparición del cordobés Averroes en 1198 y la asimilación de sus doctrinas por el pensamiento hebreo medieval y, sobre todo, por el latino de la misma época, en los que habrá de buscarse la continuidad del pensamiento filosófico hispanomusulmán.

También pueden detectarse huellas de la supervivencia de este pensamiento a través de cinco autores, que, sin ser propiamente filósofos, ni nacidos en tierras granadinas, salvo uno, dejaron sentir su influencia en el reino nazarí como transmisores de las orientaciones filosóficas y místicas de etapas anteriores, al concentrarse en dicho reino gran número de refugiados de otras regiones de Al-Andalus ante el avance cristiano.

El primero de estos autores es Ibn Tumlús de Alcira, muerto en 1223 tras haber sido probablemente discípulo de Averroes, a quien sucedió en 1198 como médico de cámara del sultán almohade Muhámmad al-Nasir. Su labor se reduce a una *Introducción al arte de la lógica* (editada y traducida por Miguel Asín), cuya orientación, aparte incorporar opiniones de al-Farabí,



Torre del Homenaje y torre quebrada en las fortificaciones de la Alhambra



Panorámica del recinto amurallado de la Alhambra, visto desde el noroeste. Al fondo, Sierra Nevada

representa el eco de la doctrina de Averroes en la materia.

Neoplatonismo sufí

Si Ibn Tumlús nos permite seguir las huellas de Averroes en el campo de la Lógica, las obras del famoso místico Ibn Arabí de Murcia (muerto en Damasco en 1240), reflejan con toda claridad, al sistematizar sus propias experiencias místicas, la supervivencia de la síntesis filosófica del neoplatonismo, introducida en Al-Andalus por el cordobés Ibn Masarra durante el primer cuarto del siglo X, ligeramente ampliada con posterioridad y que ya se mantendría hasta la desaparición del Islam español.

Ibn Arabí, que conocía también la filosofía de Aristóteles, expuesta por Averroes, estimaba árido e insuficiente el método científico del filósofo cordobés para encuadrar en él su propia ideología mística. Con la marcha de Ibn Arabí desde Fez hacia Oriente, a causa de la desconfianza con que eran contemplados los movimientos religiosos de carácter popular durante los últimos años del sultán almohade Abu Yaqub Yúsuf, no se clausura el ciclo del neoplatonismo sufí en Occidente, que sería continuado por la escuela *sadilí* (estudiada por Asín en una obra que su muerte truncó), pero se acentúa la curva descendente que marca el empobrecimiento progresivo del pensamiento islámico occidental.

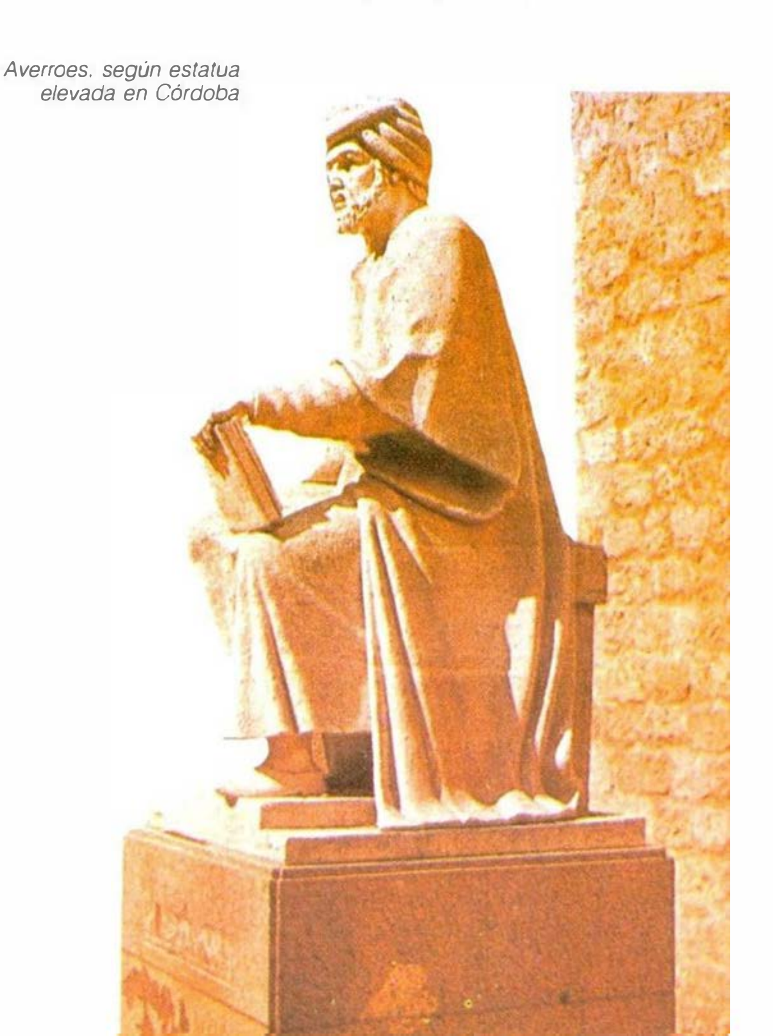
En esta línea decadente ha de insertarse a Ibn Sabín de Murcia, que, acusado de heterodoxia, hubo de emigrar también desde el norte de Africa a Oriente y murió en La Meca en 1270.

Entre sus muchos escritos, se dio a conocer, sobre todo, por las llamadas *Cuestiones sicilianas*, que incluyen respuesta a los problemas planteados por Federico II Hohenstaufen en carta dirigida al sultán almohade Abd al-Wáhid al-Rasid.

Hombre extremadamente orgulloso, que menospreciaba a los más eximios pensadores del Islam, Ibn Sabín fue también duramente criticado por Ibn al-Jatib, quien consideraba sus obras como absolutamente ininteligibles. En efecto, su pensamiento representa una auténtica amalgama de elementos filosóficos de raíz neoplatónica y doctrinas místicas de carácter esotérico.

Pero la figura intelectual más importante del siglo XIV granadino es, sin duda, Ibn al-Jatib, nacido en Loja en 1333 y a quien su amigo Pedro I de Castilla calificaba de *gran sabidor y gran filósofo* en carta recogida por López de

Averroes, según estatua elevada en Córdoba



Ayala en su *Crónica*. Sin contar ciertos ensayos en campos tan diversos como la medicina, el derecho o la cetrería, fue poeta cortesano, autor de antologías literarias y, sobre todo, el gran historiador de la Granada nazarí.

Jefe de la cancillería real y visir con Yúsuf I y con su hijo Muhámmad V, traicionaría a éste en 1372, pasándose al sultán meriní Abd al-Aziz; pero los medios oficiales granadinos, que no pudieron conseguir su extradición, lograron que muriese estrangulado en su cárcel de Fez tres años más tarde, acusado de herejía.

Tal acusación se basaba precisamente en una obra suya de carácter sufí y por ello con ciertas connotaciones filosóficas, *Libro del jardín del conocimiento místico acerca del amor divino*.

Esta obra, que debería resultar esencial para conocer su pensamiento, se ofrece tan exageradamente recargada por el complejo simbolismo del árbol-eje de su estructura, que impide descubrir su verdadera actitud, inclinándonos a considerarlo como un místico puramente teórico y no como sujeto de experiencias personales en la materia.

Sin embargo, es verosímil que conociese, y aun tratase, a algunos místicos populares que a la sazón proliferaban en las múltiples *zawiyas* de Granada, como la de Ibn Sidi Buna del Albaicín, de tendencia *sadilí*, que debió ejercer entonces notable influencia.

La trayectoria del pensamiento filosófico hispanomusulmán, e incluso el período auténticamente creador del pensamiento árabe medieval, se cierra definitivamente con un hombre, que, sin ser puramente filósofo ni nacido en tierras de Al-Andalus, se había formado en el ámbito de la cultura andalusí.

Se trata de Ibn Jaldún, nacido en Túnez en el seno de una familia árabe cuyos antepasados se habían establecido en Sevilla durante la época omeya, emigrando luego hacia el norte de Africa a finales del período almohade.

Pasados sus años de formación, y tras ejercer de secretario al servicio de los sultanes *hafsíes* y *meriníes*, se vino a Granada en 1362, siendo bien recibido por su amigo Ibn al-Jatib y el propio sultán Muhámmad V, quien lo envío como embajador ante don Pedro el Cruel en su corte de Sevilla. Mas Ibn Jaldun, presintiendo tal vez la no lejana desaparición del Islam andaluz, regresó tres años después a Bugía.

Sin poseer una formación filosófica profunda, era perspicaz observador, de gran sentido práctico y fina intuición, lo que hizo de él un excepcional historiador y, sobre todo, el verdadero creador de la filosofía de la historia, al plantearse el problema de ésta con proyección universal en sus famosos *Prolegómenos*. Después de mil vicisitudes por tierras de Oriente, moría en El Cairo en 1406.

Mientras tanto, agonizaba lentamente el Islam andaluz y el pensamiento filosófico, cultivado anteriormente en tierras de Al-Andalus tanto en su vertiente aristotélica como en la del sincretismo neoplatónico, se difuminaba irreversiblemente bajo las prácticas sufíes de las *zawiyas* granadinas.

El arte

El marco histórico del arte nazarí fue el sultanato granadino fundado por Muhámmad I en 1232 y que, a través de múltiples vicisitudes, logró mantener su independencia hasta ser conquistado en 1492 por los Reyes Católicos, quienes, poco antes, le habían privado ya de Málaga y de Almería.

Las restantes ciudades andaluzas, hoy capitales de provincia, habían ido cayendo mucho antes en manos cristianas, desde que Fernando III iniciara por Córdoba (1236) su incorporación al reino de Castilla, hasta que su hijo Alfonso X el Sabio la ultimara con Cádiz en 1262.

De los veintidós sultanes que ocuparon el trono granadino durante sus doscientos sesenta años de existencia, únicamente seis se distinguieron por sus construcciones, dos de ellos en el siglo XIII: Muhámmad I (1232-1273) y Muhámmad II (1273-1302), y los restantes en el siglo XIV: Muhámmad III (1303-1309), Ismail I (1314-1325), Yúsuf I (1333-1354) y su hijo Muhámmad V (1354-1391), debiéndose a estos dos últimos la mayor y mejor parte de cuanto hoy subsiste dentro y fuera de la Alhambra.

Los monarcas del siglo XV, mermados en sus recursos financieros, nada hacen por ampliar o rehacer la obra de sus predecesores, salvo casos aislados, como, por ejemplo, la construcción de la Torre de las Infantas y su posterior decoración —a mediados de dicho siglo—, en la que ya se advierten signos de evidente decadencia.

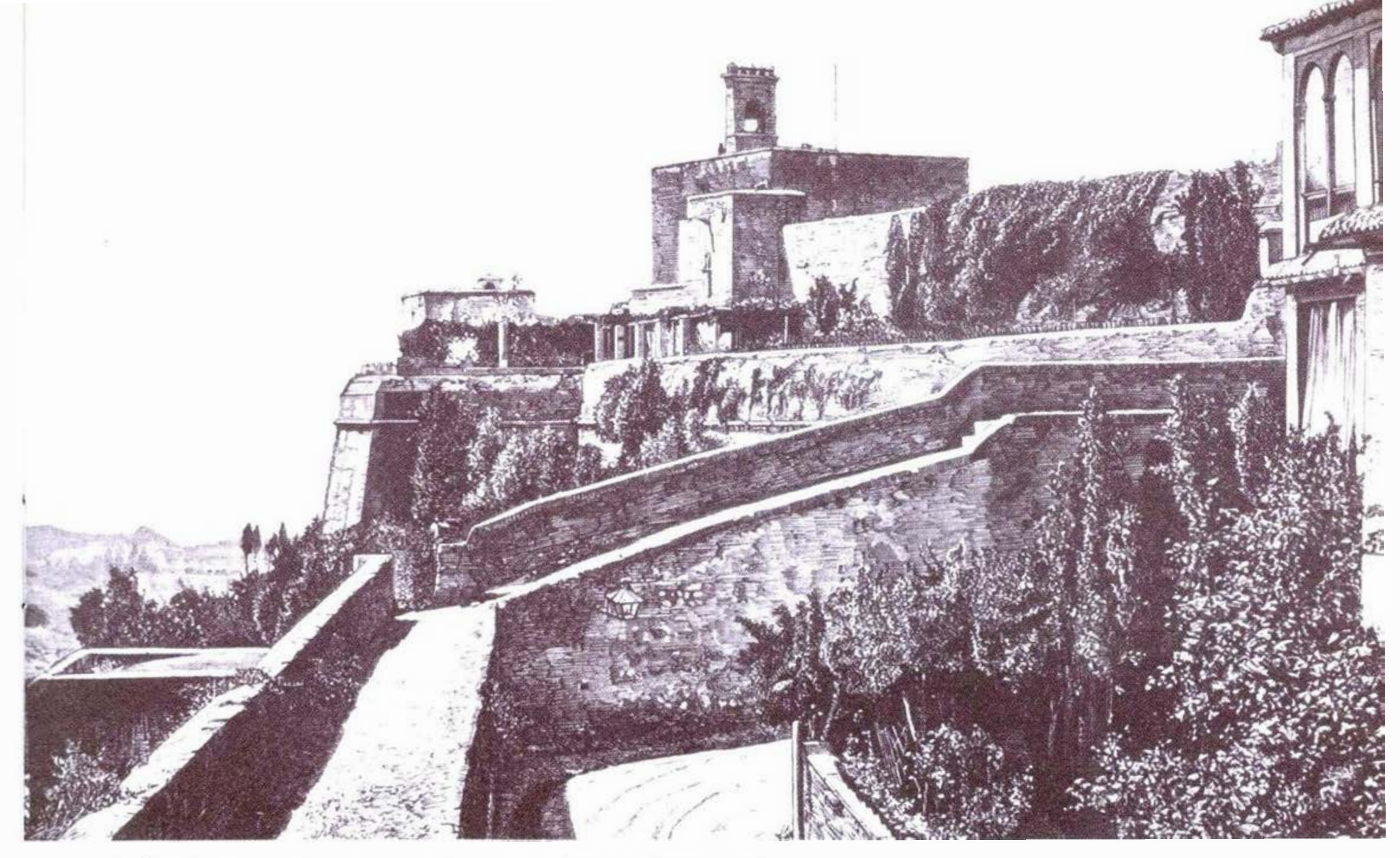
El arte nazarí, como etapa final del arte hispanomusulmán, recoge la tradición de experiencias anteriores, así en lo que atañe a la arquitectura palaciega, militar y religiosa, como en lo que concierne a las artes decorativas y suntuarias.

Partiendo de las brillantes creaciones del califato cordobés, sobre todo en tiempos de Abd al-Rahmán III y al-Hákam II, pervive en los reinos de taifas, se depura entre los almorávides y almohades y recibe determinadas aportaciones del Oriente, sin contar ligeras influencias del mudéjar toledano.

El Generalife y los palacios de Comares y de los Leones constituyen sin duda el primer conjunto monumental de arte nazarí y su obra maestra; pero no pueden considerarse como sus únicas muestras.

En la misma ciudad de Granada tenemos, entre otros ejemplos, el Cuarto Real de Santo Domingo, el palacio de Darahorra o *Casa de la Reina*, el *Fondaq* o alhóndiga musulmana —hoy llamada Corral del Carbón—, y el Alcázar Genil, próximo al río y en lo que antes era vega.

De otros monumentos más o menos alejados de la capital nazarí, recordaremos tan sólo el



Fortificaciones de la Alcazaba de la Alhambra; al fondo, la Torre de la Vela

castillo de Gibralfaro, al oeste de la Alcazaba de Málaga; la Calahorra de Gibraltar y la Puerta de Fez, en Ceuta. Los dos últimos se deben a sultanes de allende el Estrecho, que entonces dominaban en dichas ciudades.

De la especial situación del reino granadino, encerrado en sí mismo y dominado por un espíritu defensivo a ultranza, derivan algunas características externas de sus construcciones, especialmente en la Alhambra.

Por su excepcional emplazamiento, ésta emerge, cual singular atalaya, sobre la ciudad baja y frente al incomparable paisaje de Sierra Nevada. Centrada entre dos colinas que se asoman a la vega, éstas albergan dos de sus barrios más típicos: al norte, y con el río Darro por medio, el Albaicín en torno a los restos de la antigua alcazaba, por esto llamada *Qadima;* al sur, el *Mawror,* coronado por Torres Bermejas, que representaban una primera defensa de la nueva alcazaba por su parte meridional hacia el Genil y la vega.

Alcazaba y recinto de la Alhambra

Situada en el extremo oeste de la colina llamada *Sabika*, la Alcazaba es la parte más antigua de la Alhambra y constituía su recinto militar, en el que hoy se penetra por una moderna entrada que da paso al jardín llamado de los Adarves.

Muhámmad I, que vive durante los primeros años en la alcazaba *Qadima* del Albaicín, reconstruye y refuerza las anteriores edificaciones existentes en el solar de esta nueva Alcazaba de la Alhambra, especialmente de las épocas califal y zirí.

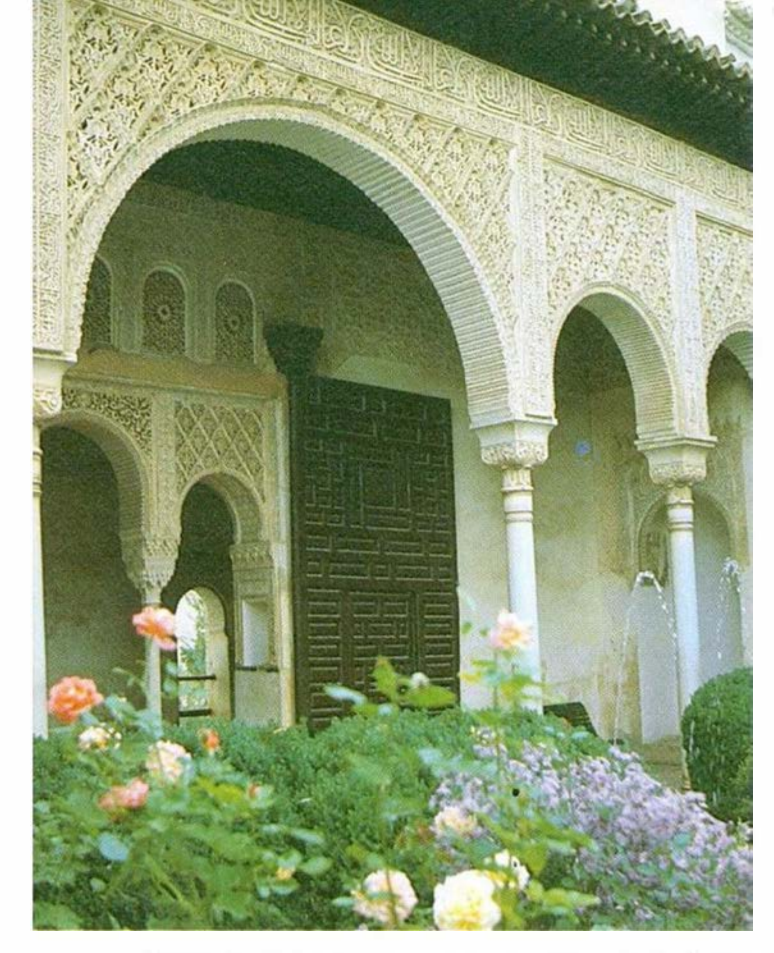
Mientras los sectores norte y sur están formados por lienzos de muro en los que se incrustan pequeñas torres macizas hasta la altura del adarve, en los costados de levante y poniente se alzan grandes torres provistas de cámaras en su interior: en el primero sobresale la del Homenaje —centro capital de la Alcazaba y probable residencia de Muhámmand I—, y en el segundo la de la Vela.

Digna de especial mención es la bella Puerta de las Armas, que daba acceso a la Alhambra desde la ciudad, conjunto arquitectónico de gran interés cubierto por una serie de bóvedas agallonadas.

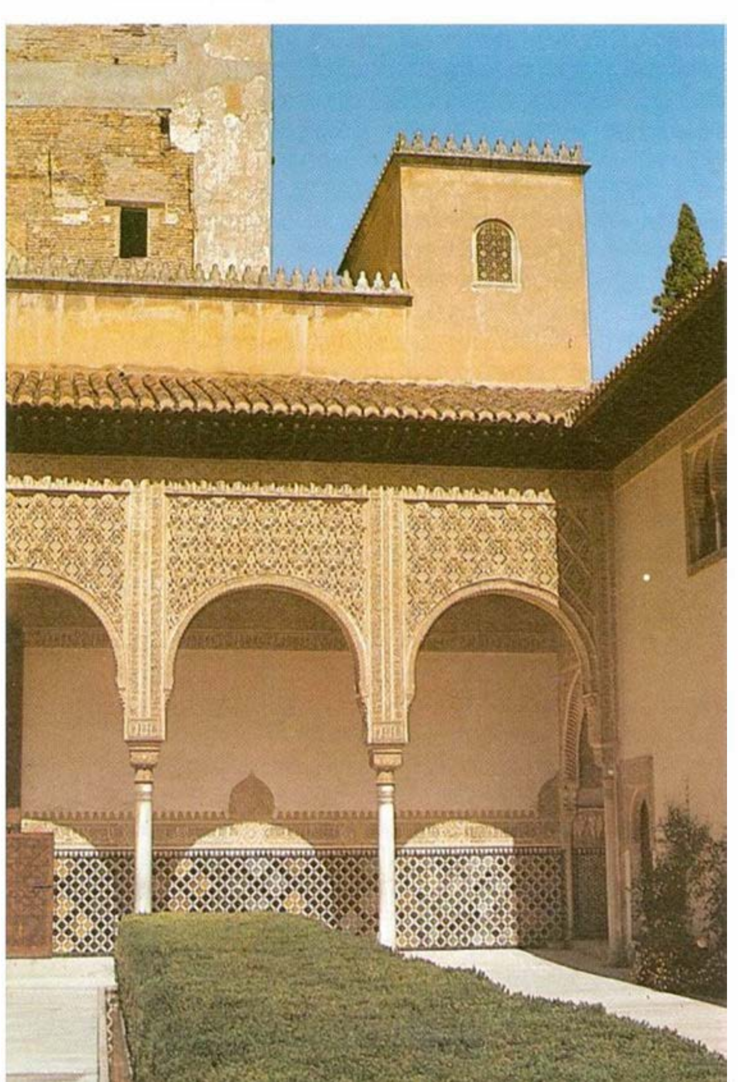
El conjunto militar de la Alcabaza se enlazó después con la muralla de circunvalación que bordea totalmente el complejo urbano de la Alhambra. Veintidós torres, algunas de considerable volumen, se alzan a lo largo de dicha muralla; de ellas, la gran mayoría tienen un carácter exclusivamente castrense y carecen de toda ornamentación.

Algunas, en cambio, sin perder externamente ese carácter, esconden en su interior mansiones bellamente decoradas, que demuestran haber sido viviendas de príncipes y magnates. Por tal motivo, en las primeras el adarve o camino de ronda penetra en la torre, mientras en las segundas discurre por un túnel que la perfora, quedando independientes sus estancias.

Entre estas últimas descuellan la gran Torre



Detalle del Patio de la Azequia, en el Generalife (arriba), *y galería norte del Patio de los Arrayanes. Al fondo, la Torre de Comares* (abajo)



de Comares —que alberga el Salón del Trono—, el pequeño Palacio del Partal, con su Torre de las Damas, la Torre de la Cautiva y la de las Infantas, estas dos últimas, de los más bellos palacetes del arte nazarí. Entre el Palacio del Partal y la Torre de la Cautiva se hallan la de los Picos, que protege la Puerta de Hierro por la que el sultán pasaba desde la Alhambra al Generalife, y la del Cadí (o del Candil), que vigilaba también dicho acceso.

En el lado sur del recinto sobresalía la puerta llamada de Siete Suelos, hoy parcialmente restaurada. La muralla, jalonada de otras torres de carácter defensivo y de menor importancia, proseguía hasta la gran Puerta de la *Explanada*, hoy conocida por Puerta de la Justicia.

Desde esta puerta, la más rica y monumental de las cuatro que daban acceso a la Alhambra a través del muro de circunvalación, éste concluía en la Alcazaba, cerrando así totalmente el perímetro del conjunto monumental.

El Generalife

No lejos del mencionado recinto, y unido a él por un camino de acceso entre dos muros que partía de la ya aludida Puerta de Hierro, se halla este palacio de reposo de los sultanes nazaríes, situado en la ladera oeste del llamado Cerro del Sol y que hoy, además de su propia entrada, se comunica también con el recinto de la Alhambra a través de un puente tendido en 1971.

Organizado en doble terraza, la de nivel más bajo está formada por dos patios cuadrangulares de ingreso y de arquitectura rural, mientras la otra se desarrolla en torno al patio-jardín rectangular llamado de la Acequia y orientado de norte a sur, como lo estaría luego el Patio de Comares.

Renovado en decoración y estructura por Ismail I en 1319, con motivo de su victoria sobre las tropas castellanas en las estribaciones de Sierra Elvira —donde perecieron los infantes don Juan y Don Pedro—, la nave de levante se destinaba a viviendas, y la de poniente se cerraba con una arquería ciega, sólo interrumpida en su centro por un excepcional mirador; a dicha arquería se agregó en época cristiana una galería abierta en toda su longitud.

Los lados norte y sur ostentan galerías porticadas, siendo la segunda de acceso y ofreciendo mayor interés la primera por dar entrada a la cámara regia, con alcoba en sus extremos y airoso mirador al fondo.

La sala existente en el interior de una torre sobre dicha cámara, fue modificada en tiempo de los Reyes Católicos y sobre ella se montó una galería en el siglo XVII. A través del Patio del Ciprés de la Sultana se asciende al jardín de la famosa Escalera del Agua, bellamente descrita por Navagero en 1526.

Dentro de una extremada sencillez arquitectónica, de gran finura y elegancia, se ha realizado

Patio del Cuarto Dorado y fachada del Palacio de Comares (arriba), y jardín del Partal y Torre de las Damas (abajo)

en el Generalife la más perfecta simbiosis de naturaleza, decoración y paisaje.

En el lado norte del ya descrito recinto de la Alhambra, y a continuación del barranco hoy parcialmente relleno por la Plaza de los Aljibes, se inició la construcción de los palacios más importantes de la Alhambra, que no obedecen a un proyecto unitario y son producto de superposiciones y yuxtaposiciones sucesivas.

De ellos se conservan hoy el de Comares y el de los Leones, que componen lo que tras la conquista cristiana se llamó La Casa Real Vieja, mientras el Palacio de Carlos V —del siglo XVI— sería la Casa Real Nueva.

El Palacio de Comares era la sede oficial de los sultanes granadinos y en sus dependencias se albergaban también los organismos de la alta Administración del Estado.

Al igual que en la Alcazaba, también hoy se penetra en este palacio por una entrada subsidiaria, abierta en la fachada del *Meswar*, complejo destinado a la administración de justicia y a los servicios de la cancillería.

Su edificación se debe a Ismail I, aunque luego fue reformado por su nieto Muhámmad V y en época cristiana sufrió diversas modificaciones y restauraciones, por lo que aparecen mezclados en su decoración el lema de los nazaríes, las águilas imperiales y el escudo de los Mendoza.

Su estructura viene dada por un espacio central, delimitado por cuatro columnas de mármol que sostendrían una linterna. En tiempo de Carlos V, y para convertirlo en capilla, se le agregó un patio existente al fondo, cuyo suelo se rebajaría años más tarde para instalar un doble coro.

A principios de este siglo se puso en comunicación con el Oratorio contiguo a su muro septentrional, con luminosa perspectiva frente al Albaicín y un pequeño *mihrab* que señala la dirección de La Meca y ofrece planta poligonal y arco de herradura.

A través de una puerta situada al fondo del *Meswar* se entra en el patio del Cuarto Dorado por una galería de tres arcos que precede a una sala rectangular, cuyo techo fue pintado en tiempo de los Reyes Católicos con grutescos renacentistas (adornos florales), abriéndose asimismo el gran ventanal, con parteluz, que da vista al Albaicín.

En lado opuesto del patio, y frente a la citada galería, nos encontramos con una de las obras maestras del arte nazarí, la gran fachada del Palacio de Comares, obra de Muhámmad V con motivo de la conquista de Algeciras en 1369.

Elevada sobre tres escalones de mármol blanco, se ofrece como un bello tapiz distribuido en tres bandas horizontales: zócalo de alicatado más dos puertas simétricas destinadas, de derecha a izquierda, a los servicios palatinos y al uso de la vida oficial, respectivamente; las tres ventanas del piso alto, coincidiendo las dos laterales y geminadas con las puertas ya aludidas, y el gran alero que avanza protegiendo toda la decoración del conjunto y simboliza la corona de un arco de triunfo, como reza el primero de los cuatro versos árabes allí labrados sobre el friso de madera: *Mi posición es la de una corona y mi puerta una bifurcación.*

La original distribución de las partes que integran esta fachada y su armoniosa proporción, realzadas por la gran riqueza ornamental y la variada gama de su policromía —hoy sólo en parte conservada—, a la vez que ocultan los elementos constructivos, reflejan un sereno y majestuoso equilibrio estético.

A través de diminutas estancias en recodo se asciende hasta el amplio patio llamado de Comares, de la Alberca o de los Arrayanes, y orientado de norte a sur. En sus sectores longitudinales se ofrecen viviendas de invierno en la parte alta y de verano en la baja.

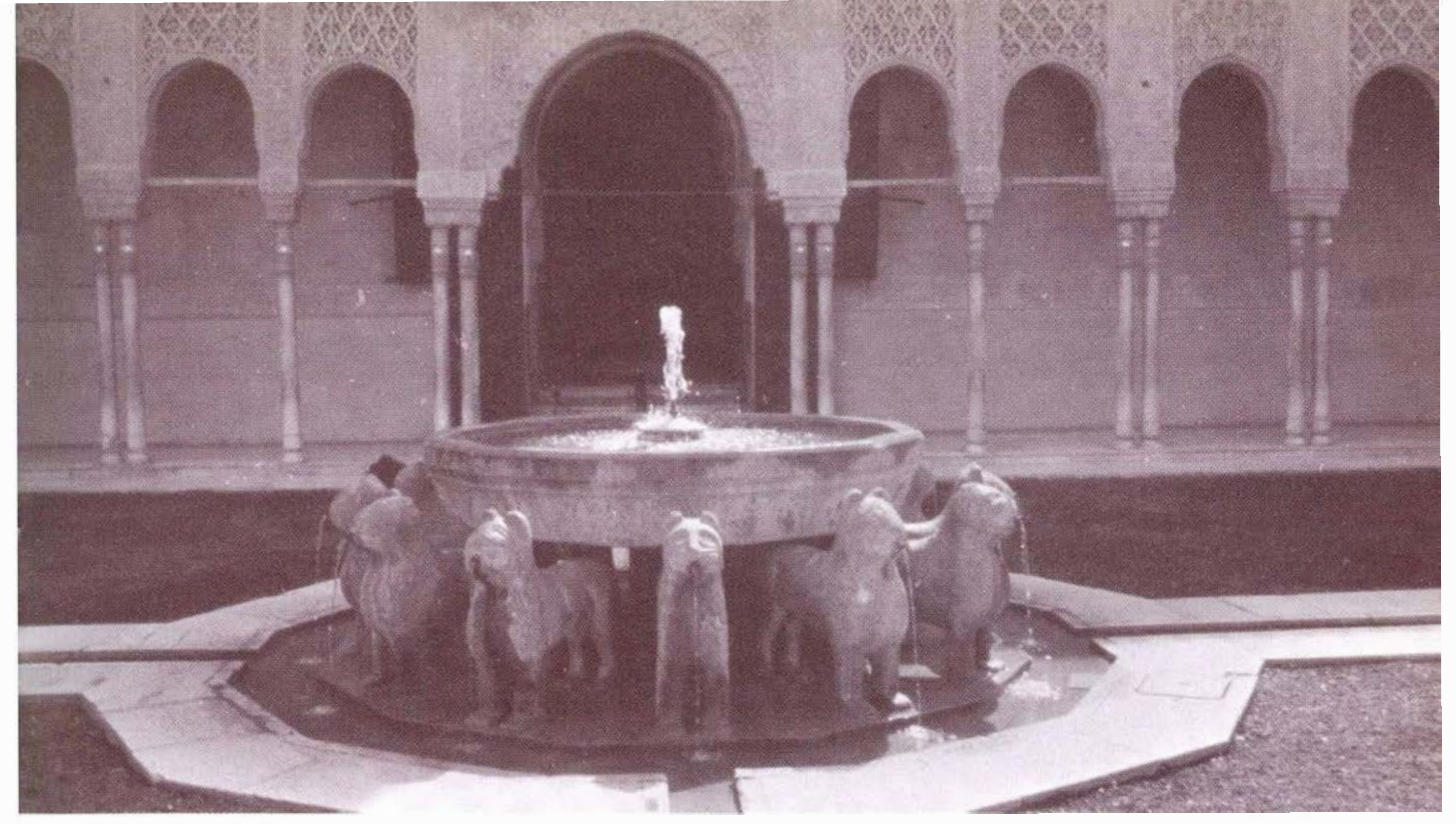
Sus lados más cortos ostentan pórticos con siete arcos cada uno —mayor el central—, sobre finas y esbeltas columnas de mármol blanco, con alcoba en los extremos de ambas galerías provistas de vasar y bóvedas de mocárabes (adornos en forma de lazos), rivalizando la soberbia elegancia arquitectónica de ambos pórticos con su extraordinaria riqueza ornamental.

El acceso al Salón de Comares, de Embajadores o del Trono, desde la galería norte del patio, atraviesa una especie de antesala alargada en sentido transversal, con gran arco de mocárabes y ricas yeserías, conocida por Sala de la Barca, que, como Cámara Real y probable lugar de la coronación, sería digno preámbulo del Salón del Trono.

En este salón se acentúa una de las tendencias del arte hispanomusulmán: el sorprendente contraste entre su aspecto externo militar y defensivo, aquí impresionante en la Torre de Comares por su volumen y altura (45 m), y la insospechada suntuosidad de sus interiores, aquí reflejada en una estancia incomparable, donde sin caer en el virtuosismo, se aúnan valores de primer orden en la proyección del arte nazarí.

La extraordinaria amplitud de este salón, que es cuadrado y el mayor de la Alhambra —con sus 11,30 metros de lado y 18,20 de alto hasta el cierre de la cúpula—, aparece ópticamente aminorada por la creación, en el espesor de los muros, de nueve pequeñas cámaras o alcobas, tres en cada uno de sus lados norte, este y oeste; entre ellas sobresale la central del norte, frontal al arco de ingreso y más ricamente decorada por ubicarse en ella el trono del sultán, según se desprende del poema que adorna su interior.

La decoración del salón, totalmente concluida en tiempos de Yúsuf I, revela una certera jerarquización de valores y alcanza un nivel de riqueza y grandiosidad tal vez no superado en ningún otro ejemplo del arte nazarí: sus zócalos de cerámica o alicatado muestran las más ingeniosas composiciones de lazo o decoración geométrica; las yeserías, antaño matizadamente policromadas, semejan ricos y variados tapices colgan-



Fuente de los Leones

tes, en los que se destacan los bellos caracteres epigráficos del lema nazarí o de leyendas coránicas, y la luz cambiante con las horas del día ofrece perspectivas diferentes del insuperable conjunto.

Pero la admiración sube de punto ante el bellísimo techo de madera que oculta la imponente bóveda esquifada (forma cilíndrica) y constituye, sin duda, la obra maestra de toda la carpintería hispanomusulmana. En él se representa simbólicamente el contenido político-religioso de la sura 67 del Corán, titulada *al-Mulk (El Señorio)* y reproducida íntegramente en la base del techo.

Mediante 105 estrellas de estructura diferente y con diverso número de elementos, alineados en siete órdenes y presididas por la estrella clave que remata todo el conjunto, se simbolizan los siete cielos islámicos coronados por el trono de Dios protegiendo el solio real nazarí que se albergaba en este salón.

De este simbolismo y de la clave que en una inscripción árabe nos legó el anónimo alarife (arquitecto) del techo, para interpretar la policromía de las 8.017 piezas de madera que lo integran, me he ocupado ya brevemente en otro lugar y espero hacerlo con mayor amplitud, analizando los valores técnicos, estéticos y simbólicos que concurren en esta sorprendente realización del arte nazarí.

Palacio de los Leones

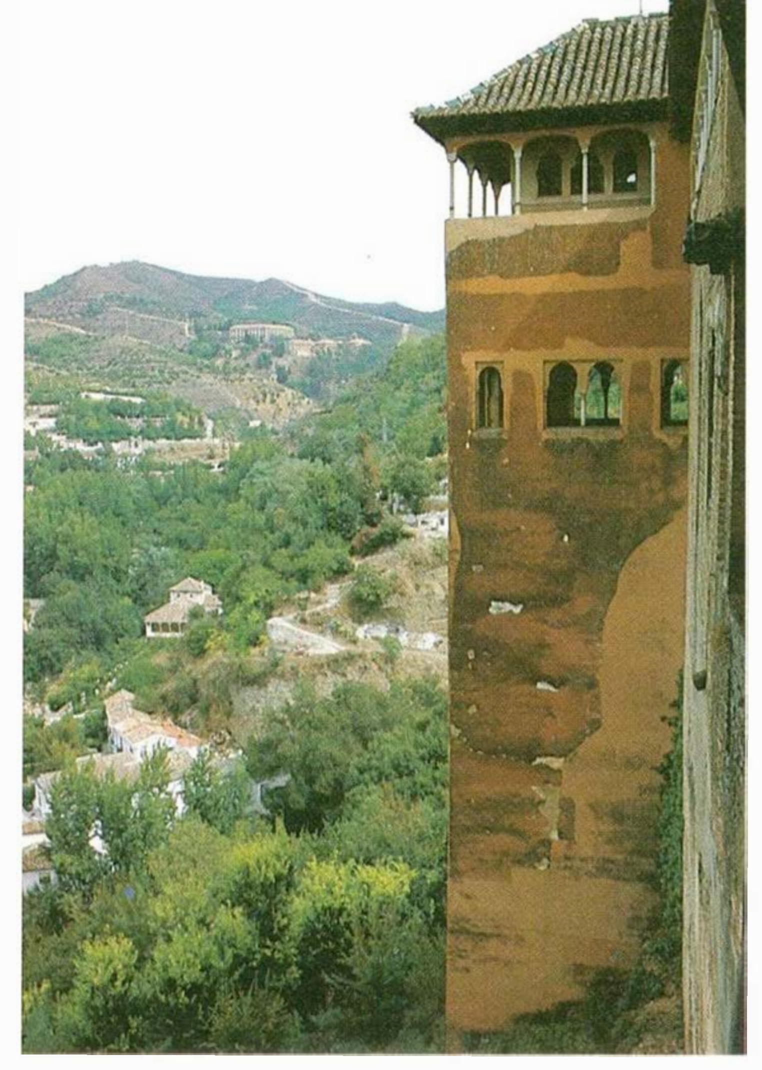
Edificado por Muhámmad V como residencia privada del sultán, aparece centrado por un patio-jardín rectangular, si bien orientado de este a oeste, y con crucero presidido por la conocida Fuente de los Leones, en la cual se halla esculpido un bello poema de Ibn Zamrak, del que se infiere su original mecanismo de abastecimiento y desagüe, por desgracia inutilizado tras la conquista cristiana.

El patio, con vegetación a nivel más bajo en los cuatro rectángulos que lo componen, se halla totalmente circundado por airosos pórticos, con arcos de yeserías caladas sobre esbeltas columnas de mármol, y con templetes que avanzan en sus lados menores.

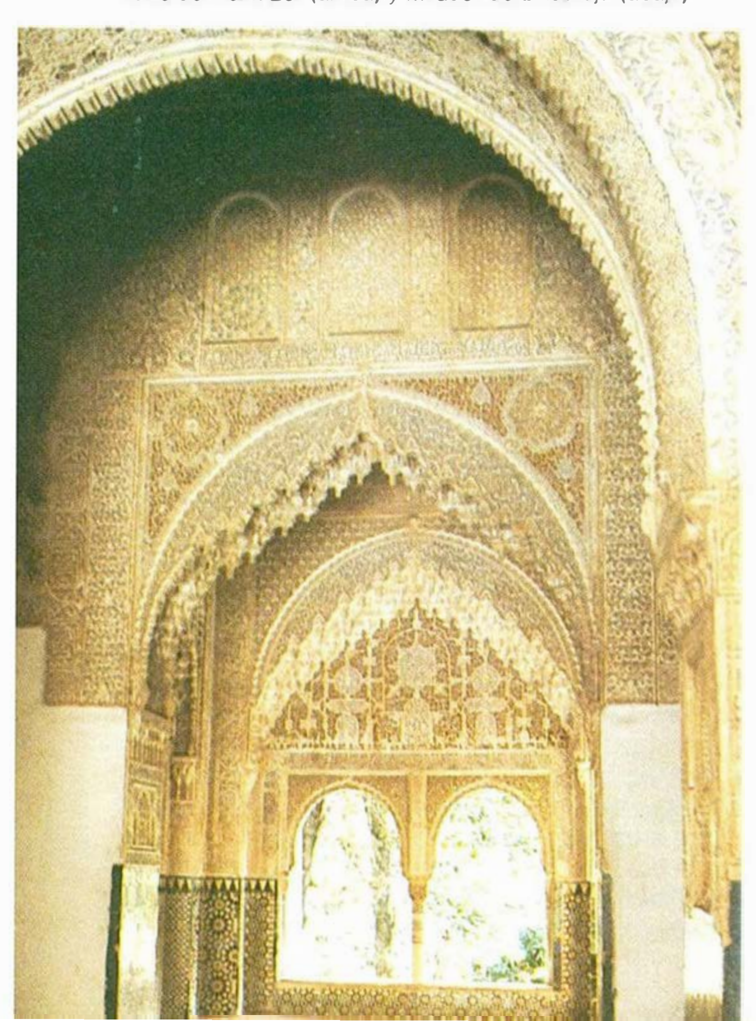
En torno al patio se organizan cuatro salas, independientes entre sí, pero certeramente encuadradas en la armónica unidad del conjunto. A poniente, y medianera con el Patio de Comares, la Sala de los Mocárabes, así llamada por su bóveda original, destruida en 1590 y sustituida por un techo barroco.

Enfrente, la Sala de los Reyes ofrece una admirable y singular distribución de los espacios; entre ellos se cuentan tres pequeñas alcobas, en cuyos techos abovedados se encuentran las famosas —y casi únicas— pinturas conservadas en la Alhambra y realizadas sobre cuero; pinturas ampliamente discutidas en cuanto a su fecha, su temática, su técnica y su actual conservación, pero, en todo caso, valioso y raro testimonio de la pintura hispanomusulmana.

En los lados sur y norte del patio se hallan, respectivamente, la Sala de los Abencerrajes y la de las Dos Hermanas, dos conjuntos de interiores y por ello con puerta hacia el patio. La primera, cuya pila de mármol nos recuerda la leyenda de los Abencerrajes, ostenta magnífica cúpula de mocárabes asentada sobre un tambor estrellado con cuerpo alto provisto de ventanas con celosías caladas. En la planta superior se



Torre del Peinador (arriba) y *Mirador de Lindaraja* (abajo)



desarrolla la estancia ahora conocida por el Harén, con mirador hacia el Patio de los Leones y con galería porticada hacia un patio interior.

La Sala de las Dos Hermanas, sin duda la más rica de las cuatro, constituye el núcleo de una vivienda con estancia de invierno en la planta alta y de verano en la baja. Sobre su zócalo de alicatado (azulejos) se reproducen veinticuatro versos de una extensa *casida* de Ibn Zamrak, luce espléndidas yeserías con motivos de lazo y ataurique y nos ofrece también soberbia cúpula de mocárabes sobre tambor ochavado, con ventanas dobles en cada uno de sus lados y trompas asimismo de mocárabes.

Desde dicha sala se pasa a la llamada de los Ajimeces, también con grácil cúpula de mocárabes y espléndido arco central que da acceso al mirador de Daraxa *(dar Aisa)*, que se abría al jardín hoy llamado de Lindaraja, valle del Darro y Albaicín, hasta que en tiempos del emperador Carlos V se levantaron las edificaciones que impiden dicha visión al cerrar por su lado norte el aludido jardín.

Dentro del arte nazarí, última etapa en la evolución del arte hispanomusulmán, el Palacio de los Leones, la más bella creación del siglo XIV granadino, representa una excepcional composición.

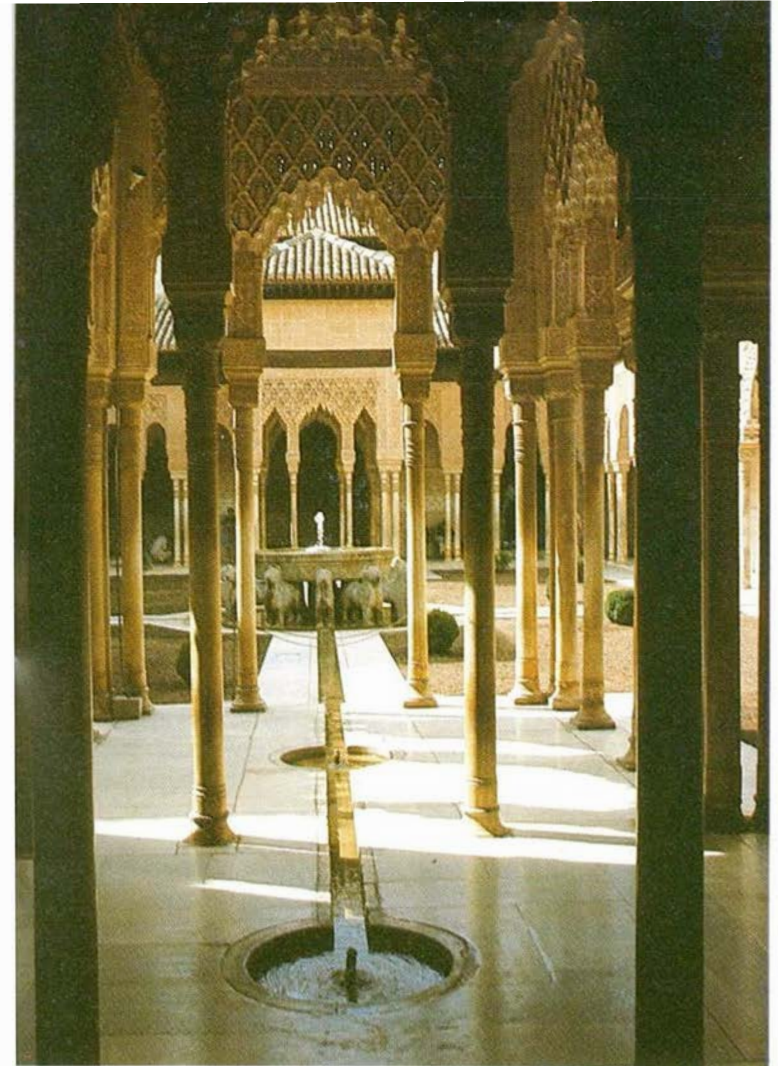
La depurada forma de sus elementos constructivos y la exquisita y delicada armonía de su decoración, admirablemente secundadas por los efectos acústicos del agua, cuyo papel aquí se acentúa respecto a otras estancias de la Alhambra, se convierten en notas de luz, color y sonido, efectos sensuales que busca siempre el arte musulmán.

Todo esto lo consigue el arte nazarí a base de *materiales pobres mágicamente convertidos en materia de arte*, según gráfica expresión de Gómez-Moreno.

Artes aplicadas

Complemento indispensable del arte nazarí son los productos de su renombrada artesanía, especialmente objetos de cerámica, metalistería y orfebrería, así como tejidos y trabajos en madera, que contribuían al ornato de viviendas y palacios, hoy desnudos y desprovistos de vida.

Recordemos sólo, a título de ejemplo, los llamados *Jarrones de la Alhambra,* en número de siete y el mejor de los cuales se halla en el Museo Nacional de Arte Hispano-Musulmán (Granada); la lámpara de bronce perteneciente a la antigua Mezquita de la Alhambra y hoy en el Museo Arqueológico Nacional; la espada de Boabdil, ahora en el Museo del Ejército (Madrid); los tejidos nazaríes conservados en el Instituto de Valencia de Don Juan (Madrid) y en el Museo Arqueológico Nacional; puertas, sillas, celosías, etcétera, existentes en diferentes museos, entre ellos el Nacional de Arte Hispano-Musulmán, sin contar algunos ejemplares que aún permanecen en su primitivo lugar, especialmente en la Alhambra.





Bosque de columnas en uno de los accesos al Patio de los Leones (arriba, izquierda), *rey nazarí pintado en el techo de la Sala de los Reyes, en el Palacio de los Leones* (arriba, derecha), *y fuente en uno de los jardines encantados de la Alhambra* (abajo)

Literatura

Por Soledad Gibert
Historiadora.
Profesora Adjunta de Arabe de la Universidad de Barcelona

LOS avances de la reconquista cristiana durante el siglo XIII, fueron reduciendo los límites de la España musulmana. Conquistadas Córdoba, Sevilla y Murcia, el cerco se va cerrando y la dinastía de los nazaríes, príncipes de la Alhambra, es dueña tan sólo de tres provincias: Granada, Málaga y Almería. El centro político y cultural de este pequeño reino es, lógicamente, Granada.

Es época difícil, no sólo por el empuje de la reconquista, sino por las intrigas, traiciones y venganzas internas, que dan un tinte especial a estos dos siglos largos de la historia de Al-Andalus.

En este clima denso y apasionado, fin de una importante etapa, podemos observar un extraordinario movimiento cultural y artístico, cuyos protagonistas consiguen mantener con ímprobo esfuerzo el esplendor de las letras y las artes arábigo-andaluzas.

Este reino de tan reducidas dimensiones, que comienza su vida como feudo dependiente de Fernando III, tiene un enorme interés en todos los aspectos. Su cultura, su poesía, su prosa, han sido con frecuencia calificadas de decadentes, de no aportar ninguna novedad.

Así es bajo muchos aspectos. Han pasado ya los tiempos gloriosos del califato cordobés y las brillantes cortes literarias de los reyes de Taifas. No hay figuras geniales como Ibn Hazm o Ibn Suhayd ni surgen innovaciones poéticas como la *moaxaja* o el *zéjel*.

Pero si nos detenemos a observar, podremos darnos cuenta de la febril actividad cultural de esta época. Por todas partes surgen poetas que escriben sus versos y recopilan los de sus antecesores con un inmenso amor a su lengua y a su cultura, que ven en trance de desaparecer y que se esfuerzan en conservar, para legar a sus descendientes el tesoro de una civilización llamada irremisiblemente a su fin.

Etapas

El discurso de ingreso en la Real Academia de la Historia de García Gómez, dedicado al poeta de la Alhambra, Ibn Zamrak, es utilísimo para el conocimiento de esta época. La divide en tres etapas bien diferenciadas, de las cuales la segunda, el siglo XIV, es la más auténtica e interesante, la que se alza con un sello indudable de personalidad.

La primera etapa, el siglo XIII (Muhámmad I, Muhámmad II) revela una evidente influencia castellana, tanto en los reyes como en sus súbditos. El atractivo de las modas, costumbres y atuendos de los cristianos, traspasa las fronteras del reino nazarí. Ibn Said (m. 673/1274) e Ibn al-Jatib describen este fenómeno con todo detalle.

En la última etapa, el siglo XV, ocurre todo lo contrario y *Granada surge ante nuestros ojos más oriental que nunca.* La influencia de los meriníes norteafricanos se deja sentir por todas partes y hasta el aspecto externo de las ciudades cambia.

Sus edificios, embellecidos con combinaciones de distintos materiales, convierten a la Granada nazarí en *una ciudad única, coloreada y luminosa sobre el verde pedestal de su vega.* Ahora son los cristianos los que admiran a Granada y, atraídos por la brillantez de su cultura y de su arte, la idealizan y la admiran suspirando por su conquista. Recordemos el famoso romance en que Juan II pregunta a Abenámar (Yúsuf b. al-Ahmar) por los castillos de la Alhambra.

El siglo XIV

El siglo XIV es el de mayor interés y el de mas destacada personalidad. Muy especialmente, el reinado de Muhámmad V, violentamente interrumpido al ser depuesto por su hermano Ismail, que le obligó a huir al norte de Africa y refugiarse en Fez (1359-1362), en la Corte de Abu Sálim, donde se encontraba el famoso historiador Ibn Jaldún.

En el destierro le acompañaban muchos partidarios suyos, entre ellos su primer ministro, Ibn al-Jatib, y el discípulo de éste, Ibn Zamrak, el poeta de la Alhambra. Tres años más tarde, Muhámmad V volvía a Granada.

En este reinado de Muhámmad V concurren una serie de acontecimientos que contribuyen a crear un clima especial de desconfianza y recelo. En él se ven envueltos, muchas veces en circunstancias trágicas, sus más representativos poetas. Pero nada paraliza el movimiento cultural de Granada, ni detiene la construcción de la Alhambra, que se completa con el Patio de los Leones y el Salón de Comares.

Los primeros monarcas nazaríes, a mediados del siglo XIII, crean el ambiente cultural que tendrá su apogeo en el siglo XIV. En su Corte reciben y alientan a los literatos y poetas huidos de otras tierras para que se encuentren a gusto en el reino de Granada.

Muhámmad II y Muhámmad III eligen entre sus *kuttab*, o secretarios, a hombres de cultura sobresaliente, hábiles poetas, retóricos, lingüistas, que convierten su lengua en material de arte, trabajado con amor y perfección.

Uno de ellos fue Ibn al-Hakim de Ronda, *katib* de Muhámmad III, el monarca ciego, protector de literatos, intelectuales y poetas que acudían a Granada atraídos por el ambiente creado en torno a él. Entre ellos, el poeta de Tremecén Ibn Jamis. Víctima de una conspiración, Ibn al-Hakim fue asesinado. El mismo día y de la misma forma moría también Ibn Jamis.

Discípulo suyo y sucesor en su cargo, fue Ibn al-Chayyb, panegirista oficial de Muhámmad III, Ismail I y Yúsuf I, a los que dedica sus *qasidas reales*. Escribe también elegías, poemas místicos y acertijos de complicada retórica. Su identificación como autor de poemas que decoran los muros de la Torre de la Cautiva y del Generalife, debida a M.ª Jesús Rubiera, lo sitúan como *el otro poeta de la Alhambra*, categoría que sólo ostentaba Ibn Zamrak.

Esta generación de intelectuales granadinos, va formando a la que florecerá en el siglo XIV, que dará su personalidad más destacada a la cultura nazarí.

¿Cuáles son las características literarias de este siglo XIV? En una antología lo más completa posible de los principales poetas, aunque encontrásemos en abundancia los temas y tópicos poéticos eternos, tratados con mayor o menor fortuna, podríamos señalar las más relevantes tendencias de esta época.

Tendencias

En primer lugar, un amor extraordinario a su lengua, que manejan poetas y literatos con sorprendente soltura, rivalizando en el uso, muchas veces abusivo, de la retórica. Leemos poemas de admirable musicalidad, más bellos, muchas veces por su cadencia que por su contenido, y que si son compuestos por poetas mediocres, cansan por su extensión y amaneramiento.

Contrariamente a lo que acabamos de señalar, numerosísimos poetas de esta generación cultivan el género gnómico, difícil precisamente por su extrema concisión. Ideas y pensamientos escuetos, cuya intención muchas veces hay que adivinar, se encierran en estas poesías, siempre breves y muchas veces incrustadas de refranes.

Estas dos tendencias contrarias y simultáneas que incluso aparecen en un mismo poeta, se ven, tal vez, favorecidas por las difíciles circunstancias políticas del reino nazarí. Muchas veces es necesario ocultar la realidad envolviéndola en un ropaje excesivo, o despojándola de todo. Algo parecido a nuestro culteranismo y conceptismo del siglo XVII.

Otra característica de este tiempo es la recopilación de datos, noticias, poemas, para que no se pierdan. Quizá algo parecido a lo que impulsó a Ibn Bassam de Santarén y a Ibn Jaqán en los siglos XII y XIII a reunir sus antologías a raíz de las invasiones africanas. Recordemos también que en esta época se componen las dos únicas colecciones de *moaxajas*, conservadas gracias al celo de Ibn al-Jatib e Ibn Busra.

Dentro del reino de Granada, un grupo de poetas almerienses forman mundo aparte, especialmente dedicados a la mística. Alejados de ambiciones e intrigas, aunque íntimamente relacionados con los granadinos, no componen panegíricos a los poderosos, sólo a Dios y al Profeta, y se refugian en su tierra árida y seca, de la que no quieren salir.

Ibn al-Jatib

El gran coloso de las letras y de la historia en este período es, sin duda, el gran polígrafo granadino Ibn al-Jatib (1313-1375). La vasta formación que recibió de ilustres maestros, entre los que se contaba Ibn al-Chayyab, se refleja en las diversas ramas del saber que cultivó.

Secretario de Abu-l-Hachchach Yúsuf y primer ministro de Muhámmad V,, acompaña al monarca granadino en el destierro. A su vuelta a Granada, una vez derrotado y muerto el usurpador, interviene activamente en política. Política turbia de pactos y componendas con los castellanos y con los meriníes norteafricanos, apoyando a los que más interesaba, según las circunstancias.

Ibn al-Jatib, colaborador político del Muhámmad V, pronto es víctima de odios, envidias y rencores y tal vez se deja influir por el ambiente de corrupción. Huye, se le busca y después de ser juzgado y condenado muere estrangulado en la prisión; su cadáver aparece quemado al día siguiente junto a su tumba.

La intensa vida política de Ibn al-Jatib no es obstáculo a su actividad de historiador y literato. Ibn al-Jatib tiene tiempo para todo: se interesa por la historia, la poesía, la medicina, el derecho y la mística. También escribe relatos de viajes, *risalas*, *maqamas*, y reúne una colección de *moaxajas* antiguas, muchas de ellas con *jarchas* romances.

Su estilo literario es clara muestra de predilección por un lenguaje artificioso y difícil, por una prosa rimada sonora, aunque muchas veces vacía. Maestro en el manejo del idioma, como puede verse en el peculiar estilo de sus escritos, los más difíciles de interpretar, su lenguaje, que sabe hacer claro y diáfano cuando quiere, sería sólo asequible a determinadas minorías.

Basta leer las cartas a sus amigos, conserva-

das en la *Ihata,* para comprender su pasión por lo difícil, lo oscuro de sus expresiones y sus palabras. Incluso en su *Parangón entre Málaga y Salé,* traducido por García Gómez, puede verse el *orgullo español* y el sentimiento antiberéber, envueltos en la retórica característica de la prosa artística granadina.

La obra principal de Ibn al-Jatib es la *Ihata,* historia de Granada y de sus gentes. No sólo de los que allí nacieron, sino de los que la visitaron o estuvieron de algún modo relacionados con ella. Su valor como fuente para el estudio de la historia y la literatura es muy grande, pues en ella se reúnen numerosas biografías, poesías, cartas, noticias.

Esta obra refleja las características de estilo que hemos apuntado antes: exceso de retórica, oscuridad, dificultad de comprensión, ampulosidad en el lenguaje.

También nos ha dejado una crónica sobre los que reinaron antes de la mayoría de edad, llamada Amal al-Alam; una historia de la dinastía nazarí, la *Lamha al-badriya,* y una colección de epístolas literarias de cancillería llamada *Rayhánat al-kuttab,* consideradas como *una maravilla literaria,* traducidas en parte por Gaspar Remiro, bajo el título de *Correspondencia diplomática entre Granada y Fez.* También se conserva el *Diwán,* que recoge sus poesías.

Sabemos que Ibn al-Jatib tenía un palacio en Granada en el lugar conocido por *Ayn al-Dam* (Fuente de las Lágrimas), en el que se reunían con frecuencia amigos y literatos que comían en su compañía y recitaban sus versos. Allí estuvo también el famoso viajero tangerino Ibn Batuta.

Ibn Zamrak

El discípulo de Ibn al-Jatib, Ibn Zamrak, posiblemente complicado en la terrible muerte de su maestro, adquiere pronto categoría extraordinaria. Compone panegíricos al monarca, escribe versos sobre todos los temas, compone también *moaxajas,* aunque éstas, en su última etapa de absorción por la poesía clásica, desprovistas de la gracia y viveza de las primitivas. Es, como dice García Gómez, *el poeta cuya obra ha sido editada con mayor lujo, en las paredes de la Alhambra.*

El padre Darío Cabanelas ha publicado un excelente trabajo sobre la inscripción de la fuente del Patio de los Leones, doce versos de una *qasida* compuesta por Ibn Zamrak con motivo de la circuncisión de un hijo de Muhámmad V.

Los versos de la taza de la fuente tienen la particularidad de *explicar con toda claridad su sistema de abastecimiento y desagüe,* y de tener a la vez un contenido simbólico al comparar el centro de la fuente con el sultán, centro de la organización del Estado, que derrama el agua de su generosidad sobre los guerreros leales, representados por los leones. Otros versos de esta misma *qasida* se encuentran en el yeso y el mármol de las paredes del Patio.

Ibn Zamrak pudo disfrutar terminado por completo el palacio de la Alhambra. Suyos son estos versos, tomados de una *qasida* de felicitación al rey, en los que compara a Granada con una dama:

Detente en la explanada de la Sabika y mira a
[tu alrededor:
la ciudad es una dama cuyo marido es el monte.
Está ceñida por el cinturón del río, y las flores
sonríen como alhajas en su garganta...
Mira las arboledas rodeadas por los arroyos:
son como invitados a quienes escancian las
[acequias...
La Sabika es una corona sobre la frente de
[Granada,
en la que querrían incrustarse los astros.
Y la Alhambra (¡Dios vele por ella!)
es un rubí en lo alto de esa corona.

(Traducción: García Gómez)

Y dice hablando del Generalife:

Granada es una desposada cuya corona es la
[Sabika
y cuyas alhajas y vestiduras son las flores...
Su trono es el Generalife;
su espejo, la faz de los estanques;
sus arracadas, los aljófares de la escarcha.

(Traducción: García Gómez)

En otros muchos, alaba y describe con complicadas metáforas la belleza del palacio, de sus jardines, los juegos y las diversiones, las carreras de caballos, los teatros de sombras...

La muerte de Ibn Zamrak tuvo lugar a fines del siglo XIV, no se sabe exactamente la fecha. Después de los años felices en que se vio favorecido por la suerte, vino inevitablemente la caída. Muhámmad VII quiso deshacerse de él y envió a su casa a unos esbirros para que le mataran.

Entraron y le encontraron leyendo el Corán, pero eso no les detuvo. Ibn Zamrak y sus hijos, que le acompañaban, fueron asesinados. Su trágica muerte fue para muchos castigo a su participación en la de su maestro Ibn al-Jatib.

Otros poetas

Además de Ibn al-Jatib e Ibn Zamrak, hay un numeroso grupo de poetas y literatos dignos de atención. De algunos han quedado colecciones poéticas o *Diwanes;* de otros, gran número de poesías y noticias recogidas por los principales biógrafos de la época, Ibn al-Jatib, Ibn al-Ahmar, príncipe nazarí de principios del siglo XV, y al-Maqqarí de Tremecén (siglo XVII).

Patio de los Leones

Patio de la Azequia, en el Generalife

Ibn Játima de Almería (m. 1369), lingüista, historiador y poeta, ha dejado interesantes muestras de su labor. Un relato de la famosa epidemia de la peste de 1349-50 indicando sus causas, es muy valioso, no sólo desde el punto de vista de la medicina, sino también por los datos que suministra de su ciudad natal.

Ibn Játima escribió dos obras poéticas importantes, una de ellas, pequeña colección de versos con figura de *tawriya* (silepsis), y un *Diwán.*

En este *Diwán,* clasificado por temas, se recogen 18 *moaxajas,* las más interesantes de esta época.

Pese a haber llegado la *moaxaja* a un momento de decadencia y de absorción a la poesía clásica, éstas parecen excepción, pues son ágiles, ligeras, musicales y con muchas *jarchas* de evidente sabor popular. Según García Gómez, algunas revelan la existencia de *un tercer tipo de poesía árabigo-andaluza,* o sea coplillas en árabe vulgar, paralelas a las coplillas romances. Las hay tan bellas como ésta:

Cayó herido en el palmar,
en la albahaca hay sangre...
¡Linda avecilla, por Dios,
avisa a su madre!

En su *Diwán* encontramos poemas correlativos, versos con eco, de resonancia extraordinaria, rimas encadenadas de forma muy semejante a las empleadas por Alvarez de Villasandino, Arcediano de Toro, Juan del Encina y el Arcipreste.

En su colección de poesías con *tawriya* (silepsis) encontramos un reflejo del gusto literario de su tiempo. Muchos poetas emplean en sus versos palabras con doble sentido. Citaremos a al-Numayrí, autor de una colección de poemas de este tipo. Aunque se haya perdido la colección, se conservan buen número de estos poemas en la biografía que hace de él al-Maqqarí. El alarde de conocimientos lingüísticos, retorciendo el lenguaje para obtener resultados sorprendentes, es algo que encontramos a cada paso.

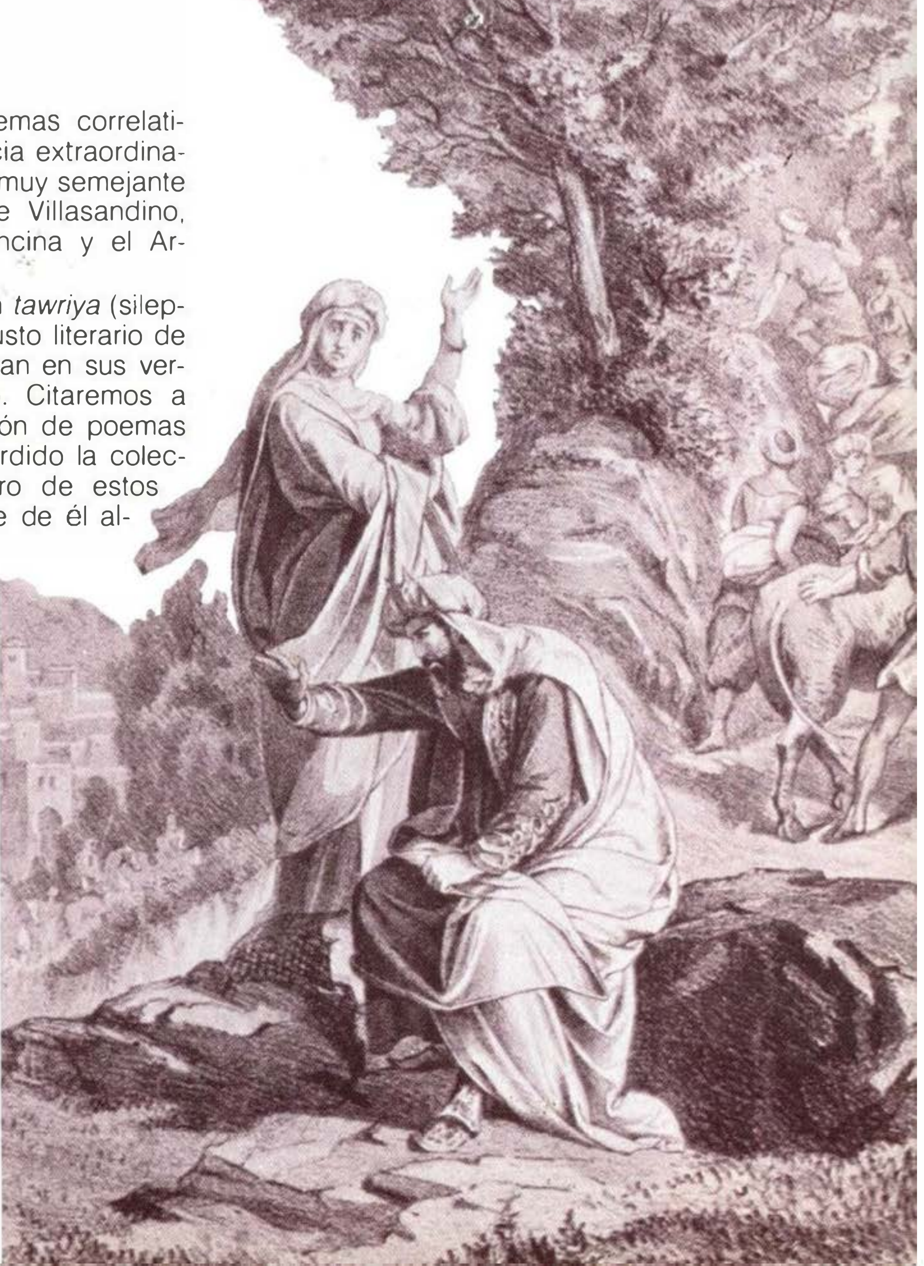
Ibn Játima, Abu-l-Barakat al-Balafiqi, Ibn Chábir el ciego, y sobre todo Abu Abd Allah Ibn Chuzayy, de ilustre familia granadina y redactor de los viajes de Ibn Batuta, son amigos de los continuos juegos de palabras. Cartas y poesías donde se prescinde de determinada letra, al lado de otras en las que todas las palabras tenían que llevar forzosamente una s; o versos en los que puede leerse la contestación a una pregunta en el mismo verso, suprimiendo puntos en las letras que los llevan y uniendo los signos de distinta forma; cartas elogiosas a un amigo donde cada elogio corresponde al título de un libro... Podríamos seguir buscando rarezas y excentricidades en la poesía de este tiempo y siempre tropezaríamos con sorpresas. Es una fuente inagotable.

Otro tipo de poesía, predilecta de los hombres de letras del reino de Granada, es la poesía gnómica. Como hemos dicho al principio, representa la antítesis de la poesía de tipo retórico. Escueta, breve, pero también difícil.

Además de los poetas citados anteriormente, escriben sobre estos temas, Ibn abi-l-Así al-Tanují, Muhámmad b. Saad al-Awsí, Ibn al-Fajjar, Ahmad b. Abi-Afya, Abu-l-Barakat al-Balafiqí y muchos más.

Sobre todos destaca el famoso Ibn Luyún, nacido en Almería, perteneciente al grupo de tendencia sufí ya mencionado. Sabemos de él que

Adiós a Granada. El último rey nazarí, Boabdil, se despide de su ciudad (grabado de la Historia de España *de Castillo)*



nunca se movió de su tierra, que no se casó, que era experto en hacer resúmenes y que mantenía un círculo místico en Almería al que acudían lo mismo el pobre que el rico. Murió víctima de la famosa peste negra de 1349, que segó las vidas de muchos poetas y literatos de su tiempo.

Compuso varias *archuzas*, o poemas mnemotécnicos en metro *rachaz*, sobre distintos temas, entre ellos uno sobre agricultura, que fue editado y traducido por Joaquina Eguaras. Dentro de la poesía gnómica, Maqqarí, en su obra *Nafh al-Tib*, ha recogido los títulos y versos de tres obras poéticas, que forman un conjunto de 291 poemas breves, todos ellos proverbios rimados, como los llama García Gómez en su artículo publicado en la revista *Al-Andalus* (XXXVIII, 1972).

Ibn Luyún es seguramente la figura más interesante en este aspecto. Proverbios rimados que muchas veces encierran antiguos refranes, diluidos en la forma, pero conservando la moraleja. No olvidemos que en esta misma época vive Sem Tob de Carrión, Juan Manuel, Pedro López de Ayala, y que un siglo más tarde el Marqués de Santillana seguirá en sus *Proverbios* un camino semejante.

Su discípulo Ibn Játima dedica un capítulo de su *Diwán* a este género de poesía y la influencia de su maestro es notoria. También su contemporáneo Abu-l-Barakat ibn al-Hachch ha dejado poemas muy semejantes de forma y contenido a los de Ibn Luyún.

Unos y otros se quejan de la incomprensión de su tiempo. El estilo es conciso; el empleo de palabras con doble sentido *(tawriya)*, frecuente. Muchas veces encontramos ideas contradictorias en apariencia, que vienen a decir que todo es inútil.

Algo parecido al consejo de Patronio al Conde Lucanor: *Del fablar biene mucho bien; del fablar biene mucho mal.*

Veamos algunos de estos versos:

Evita que tu lengua diga algo por lo que puedas
[ser acusados en dimes y diretes.
No desees sino aquello que te concierne y deja
[lo demás.
Así podrás vivir tranquilo y feliz.

Las horas de los días de tu vida son tu capital.
Atesora con avidez el bien, antes de que llegue
[el momento de tu partida.
Eres solamente un fantasma
que atraviesa los caminos de la muerte.

Ya en los últimos años del reino nazarí, en el siglo XV, se diluye la fecunda vida cultural del reino de Granada en el siglo XIV.

Todavía encontramos figuras como Ibn Asim, continuador del género de los refranes, que forman parte de una obra suya, *Hadaiq al-azhar (Los huertos de las flores);* Ibn Hudayl escribe sobre el arte de la caballería; Ibn al-Ahmar, poeta y príncipe nazarí, recoge en una antología la poesía de su tiempo; Umar de Málaga escribe una *maqama* describiendo otra epidemia de peste en 1440.

No es posible mencionar en poco espacio a cuantos personajes se movieron en esta interesante etapa cultural de Al-Andalus, tachada casi siempre de decadente. Pero ¿es en realidad época de decadencia?

Los poetas y literatos en este pequeño reino, en el maravilloso marco de Granada, hicieron un impagable esfuerzo para dejarnos el recuerdo de su poesía, la sonoridad de su lengua, la belleza de sus pensamientos.

Siempre me impresionó la expresión de García Gómez al hablar de Ibn Zamrak: *La lírica arábigo-andaluza agoniza, aguada y deshuesada en cuanto al fondo; pero la forma admirable no ha padecido deterioro. Ya no hay miel en el panal ni flores alrededor; pero unas cuantas abejas rezagadas, limpian y pulimentan como nunca las celdillas vacías.*

Bibliografía

Arié, R., *La España musulmana, siglos VIII-XV*, volumen III de la *Historia de España* dirigida por M. Tuñón de Lara, Barcelona, Labor, 1982. Barkai, R., *Cristianos y musulmanes en la España medieval*, Madrid, Rialp, 1984. Bosch, J., *Al-Andalus. El reino de Granada*, volumen III de la *Historia Universal*, Barcelona, Salvat, 1981. Chejne, A. G., *Historia de la España musulmana*, Madrid, Cátedra, 1980. García Tolsa, J., *Los musulmanes*, en volumen I de *Historia de España y América social y económica*, Barcelona, Vicens Vives, 1974. Ladero, A., *Granada. Historia de un país islámico, 1232-1571*, Madrid, Gredos, 1979. Levi-Provençal, E., *La civilización árabe en España*, Madrid, Espasa-Calpe, 1969. López de Coca, J. E., *El Reino de Granada*, volumen III de *Historia de Andalucía*, Madrid-Barcelona, Cupsa-Planeta, 1980. Pérès, H., *Esplendor de Al-Andalus*, Madrid, Hiperión, 1983. Seco de Lucena, L., *El libro de la Alhambra. Historia de los sultanes de Granada*, Madrid, Everest, 1975. Torres Delgado, C., *El antiguo reino nazarí de Granada, 1232-1304*, Granada, Universidad, 1974. Watt, M., *Historia de la España islámica*, Madrid, Alianza, 1981.